
Héctor Luis Macías González

El Andar en el Agua

© Copyright, México 1998

ISBN 03-1998-04 1910294900-01

Todos los derechos reservados

Macías González Héctor Luis

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea impreso o electrónico, sin la autorización del autor.

El tiraje de esta edición es de 1,000 ejemplares.

Impreso en México por SESIAB, S.A. de C.V.

La Asociación Geohidrológica Mexicana A.C. inicia, con este libro titulado "El andar en el agua", una serie de publicaciones sobre testimonios y aspectos relacionados con el agua subterránea, cumpliendo así con uno de los objetivos estipulados en las cláusulas de nuestros estatutos.

Es interesante constatar las inquietudes de algunos personajes de nuestra Asociación para narrar y transmitir las experiencias de su ejercicio profesional, al mismo tiempo que su habilidad como escritores, confirmadas en la presente publicación.

Podría entenderse que las publicaciones deberían ser puramente técnicas, pero en esta ocasión el Consejo Directivo se ha tomado la libertad de publicar este anecdotario del ingeniero Héctor Macías como un testimonio histórico para las nuevas generaciones, y como un regalo para aquellos espíritus sensibilizados ante la evocación de sus añoranzas.

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Localizar sitios para la perforación de pozos, hacer exploraciones geológicas, censar los pozos de un valle, hacer pruebas de bombeo, aforos en canales y arroyos, y correr registros eléctricos entre otras muchas actividades, no requiere sólo la aplicación de ciertos conocimientos y habilidades.

Con frecuencia, el geólogo que hace uso de esos conocimientos y habilidades los comparte con los aconteceres surgidos del entorno en que los aplica.

La aventura, la pasión, la soledad, el amor, lo trágico, lo festivo y lo inesperado son también compañías de viaje en su itinerante andar en el agua.

Antes de entrar en materia, quisiera agradecer al ingeniero José Arreguín Mañón la cuidadosa y entusiasta corrección del texto y a la profesora Gloria Castañeda Correa por la corrección de estilo. Asimismo, hago extensivo este agradecimiento al ingeniero Santiago Sarmiento A., por su participación en el primer formato.

Contenido

Agua de paso.....	11
El manantial del despecho.....	17
Llano Grande.....	21
El aforo.....	31
Entre el campamento y el río.....	43
La prueba de bombeo.....	49
Real de catorce.....	53
Los pozos del Río de la Sabana.....	57
La supervisión.....	63
La sed del geólogo.....	71
Agua mansa.....	75

AGUA DE PASO

Después que conocimos el terreno árido en donde haríamos el trabajo y el clima superseco que nos acompañaría desde la mañana hasta el oscurecer, lo primero que hicimos Javier, Fidel y yo al regresar a Torreón, fue comprar cantimploras mas grandes, de las redondas, paliacates, sombreros, camisolas de manga larga y botas más altas entre otros artículos de campo.

En el lugar donde hicimos estas compras tardamos mas tiempo del necesario, porque la encargada o dueña del local -no supimos ese día con certeza si era lo uno o lo otro -nos retenía con el artificio de sus encantos físicos. Si para esto bastaba a nuestra edad y a sus urgencias una escoba con faldas, con mucho mayor razón la encargada o dueña, que además de estar cuerísima, poseía los ojos almendrados más bellos y la nariz aguileña más perfecta que habíamos visto, combinación y atributos a los que sabía sacar amplio partido al recogerse el cabello en una trenza muy apretada con la que estiraba las comisuras de los ojos para hacerlos aún más rasgados. Además la rodeaba, por si fuera poco, un aire piratón y cachondón que se acentuaba con una espléndida madurez, de la que se desprendían aromas de sabiduría sicalíptica celosamente atesorada, y como también era dueña de una voz quebrada y sensual a más no poder, se comprenderá por qué en lugar de comprar pagar y salirnos, alargamos nuestra estancia para gozar de su presencia. La conversación espontánea y ligera que con ella se mantenía, lo propiciaba el que estuviera acostumbrada a tratar con geólogos, mineros, gambusinos y jornaleros, y a interesarse en sus actividades dado el carácter del negocio que atendía o administraba.

La huella que la encargada o dueña imprimió en cada uno de nosotros, cada quien la fue matizando en su interior con las diferentes formas de apreciar las sensaciones y las fantasías eróticas, que por supuesto también cada quien adecuaba a sus vivencias, carencias y frustraciones. En los siguientes días, cuando el tema se tocaba, nadie lo negó: los tres habíamos sido marcados por la encargada o dueña que supusimos no habríamos de volver a ver porque el trabajo que hacíamos no nos daba tiempo mas que para eso. Trabajar.

Esto ocurría allá por 1964, cuando Javier, Fidel y yo hacíamos un levantamiento geológico-topográfico con el fin de localizar el mejor sitio para la perforación de un pozo para una fábrica en Dinamita.

En ese tiempo, antes de la rehabilitación del Distrito de Riego de la Comarca Lagunera, los niveles de agua subterránea en la planicie de aluviones y lacustres se encontraban a menos de veinte metros bajo el terreno, y las condiciones de recarga eran muy favorables. En contraste, en los terrenos de la fábrica, situados en la estribación oriental de la Sierra de Mapimí, a unos diez kilómetros de la planicie

y unos doscientos metros por encima de ésta, las condiciones hidrogeológicas eran muy diferentes. Las rocas productoras eran las calizas plegadas y deformadas por varios cuerpos intrusivos y los niveles de saturación se localizaban a profundidades mucho mayores que en la planicie.

Debido a estas circunstancias, hicimos una exploración geológica de detalle dentro de los terrenos de la fábrica y sus alrededores que nos llevó varias semanas. El trabajo se hacía lento por tres motivos. El primero se debía a que cada punto de toma de datos de tipo de roca, rumbo y echado era minuciosamente referido a una poligonal topográfica, por lo que hacíamos el trabajo de geólogos y topógrafos a la vez, y como Javier, que era el encargado y jefe del equipo era excesivamente cuidadoso y preciso en sus mediciones y anotaciones, revisaba mi libreta de campo (de geólogo y estadístico) cada hora para evitar confusiones u omisiones. El segundo motivo era un pinche calor infernal que disminuía con el transcurso del día nuestro rendimiento, y el tercero, la tensión a que nos sometía el silbato alarma de la fábrica, que anunciaba cada treinta segundos con un chillido agudo y largo que el proceso de la fábrica era el normal. Teníamos entendido que cuando el silbido se interrumpiera por más de un minuto, debíamos de guarecernos en el fondo de un arroyo o atrás de cualquier roca si estábamos en el campo, o salir a como diera lugar del comedor de la fábrica si no queríamos salir en pedazos. Los alcances de un accidente los encontrábamos a cada rato en forma de fragmentos retorcidos de fierro esparcidos sobre las rocas que se encontraban dentro de los límites del terreno de la fábrica y aun afuera como vestigios de la explosión de un antiguo nitrador.

Regresábamos a Torreón en cuanto oscurecía, cenábamos todos los días comida china en el restorán del hotel y después de bañarnos, hacíamos los cálculos de los vértices y radiaciones de la poligonal medidos cada día en el campo antes de dormirnos. Todos los días era lo mismo. Los primeros días, el cansancio se convirtió en un aliado de la rutina, pero conforme nos íbamos adaptando al trabajo y al clima, aquélla nos empezó a pesar y a sumirnos en un pesado letargo.

Una tarde regresábamos a Torreón particularmente fastidiados por el avance tan lento en el trabajo y ensimismados en teorías que trataban de esclarecer el complejo esquema geológico sobre el que debíamos ubicar el punto para la perforación del pozo, cuando al cruzar El Nazas percibimos la primera señal de asidero o pretexto para romper con la costumbre que se nos había ya enquistado. En el radio de la camioneta la voz de Pedro Vargas cantaba con su peculiar estilo aquello de <<latieron dos corazones, uniendo su desvarío, quiso la vida juntarnos como el amargo al miel>>.

Alguien podría preguntarse y con razón, sobre la relación entre la expectativa poco halagadora de llegar al hotel como todas las tardes a lo mismo, y la canción como señal para romper con la rutina aniquiladora. La única respuesta o bien la más aceptable es que la canción tenía un toque y aroma de cabaret tan clavado que fácilmente nos envolvió con una invitación irresistible para fugarnos esa misma

noche a cualquiera de la ciudad, en lugar de quedarnos como geólogos autómatas calculando en el cuarto del hotel. Aceptar la invitación nos llevó solo un instante, y los siguientes, los ocupamos en escuchar el resto de la canción en silencio, porque cada quien evocaba en el tema de la letra una historia atravesada en ese sentido y el súbito deseo de vengar entre cervezas y daifas las entregas del alma despreciadas o de a tiro ignoradas. Venganza acomodaticia, mentirosa y tardía, pero con el color rojo sangre del desprecio y la traición: tan rojo, como el rojo intenso que a lo lejos pintaba la tarde tras las sierras.

Esa misma noche al cenar en el restarán del hotel, recogimos con nitidez otra señal propia y dúctil para fugarnos en el mirar de un anciano. Aunque habíamos reparado en él, porque comía o cenaba casi siempre a la mi ma hora que nosotros, solo habíamos advertido su muy buen gusto para vestir y por supuesto la excelente calidad de sus ropas, mas no en sus hábitos ni en sus actitudes. Pero esa noche, cuando la mesera se alejaba de su mesa, leímos en la mirada que la seguía, que lloraba por dentro por los tiempos idos y por la irremediable fatalidad del imposible regreso. Los tres nos acabamos de convencer que rto podíamos ver pasar la vida en las noches calculando poligonales o separando rocas y cuando terminamos de cenar, hicimos lo que todo geólogo decente hace después de trabajar y antes de los veinticinco: nos fuimos a la zona.

— No pues sí. Me cai. Dijo Fidel después de un trago largo a su cerveza. Miren nada más. Se refería al hermoso espectáculo que teníamos frente a nosotros. El salón era inmenso. Había más mujeres que rocas en el campo y un gran aviso de letras blancas en el espejo de la barra -Veinte centavos la pieza. No pague más-

La pasábamos muy bien. A poco rato de llegar cada noche, los bailes y las cervezas detenían el tiempo con agradable placidez. En el tiempo detenido, la juventud plena recibía y agradecía la carga de sensaciones que se suponía sustentarían, en cuarenta años, la paz del espíritu y del cuerpo. Lapaz que da el saber y recordar que no se dejó pasar sin abordarlas, la aventura, la ilusión, las pasiones y los goces en su tiempo.

Está por demás decir que las tensiones se redujeron, que el trabajo avanzó a partir de la primera noche con la misma regularidad con que volvíamos a la zona a bailar y tomar cervezas, y que la visión de la encargada o dueña no nos volvió a asaltar por las noches, mezclada en el sueño con ángulos, rocas, distancias y los silbidos agudos de la alarma.

Pero no todo podía seguir así. Un disturbio emocional rompió la endeble y apacible simbiosis entre el trabajo y la disipación. Un domingo al medio día en la Alameda de Torreón a la hora de la botana, conocimos el significado de lo que Pedro Vargas nos había advertido sobre El Nazas con la amarga e ilusa sentencia de que entre saber algo ajeno o sentirlo propio sólo mediaba una súplica a la vida. La encargada o dueña, nuestra en nuestros sueños, o despiertos cuando cortábamos rocas, departía más que

Amistosamente junto a unos tipos con etiqueta inconfundible de padrotes, la botana y las cervezas en un coche. Después de la sorpresa no nos fue difícil investigar el porqué de esa familiaridad hasta entonces inconcebible con tipos de esa ralea. Todos los meseros y vendedores de la Alameda lo sabían. Cantaba en un cabaret de postín.

A media semana fuimos a oírla cantar después de haber vendido las cantimploras, las botas y dos martillos. El lugar era una zonita pero más fina. Las piezas costaban un peso y las cervezas el triple. La concurrencia por supuesto era de mayor prosapia que la que iba a la zona y no estaba anunciado en los espejos o en las paredes el precio de la pieza. Para no sentirnos menos pedimos cubas en lugar de cervezas, sin imaginar que serían aquellas las que nos ayudarían a asimilar la presencia de Santa, que así la anunciaron, y la que supimos ahora sí dueña, y sobre todo el efecto de lo que cantaría. Su voz, de por sí sensual, con la penumbra del escenario, por las cubas y por las suripantas que nos rodeaban, se elevó a otra dimensión que nos envolvió en un torbellino de evocaciones antiguas y recientes cuando reconocimos la letra de la canción. Su aterciopelada voz advertía con toda la fuerza del reproche al destino.

<<quiso la vida juntarnos, como el amargo a la miel >>.

Nos quedamos perplejos y extrañamente excitados por la coincidencia de aquella tarde en el paso del Nazas con la de esa noche en el cabaret finón y con Santa. Es un mensaje, convenimos ya más tranquilos, pero siempre facetos, porque a esa edad cualquier coetaneidad era una señal promisoría o devastadora sin pasar por términos medios.

-Es lo que te acaba de pasar o te está pasando allá en México. Me dijo Javier en tono patriarcal. Tú y esa chamaca son exactamente lo opuesto. Olvídate por completo de ese asunto.

-¿Y por qué lo opuesto? Preguntó Fidel.

-Porque así somos de bueyes. Siempre andamos tras lo vontrario. Sentenció gentilmente Javier al tiempo que le hacía señas al mesero para pedir otras cubas.

-Porque los quieren ricos, jóvenes y guapos. Terminó dirigiéndose a Fidel.

-¿Y nosotros qué?.

-Somos jóvenes. Le respondimos los dos.

-Pues sí. Así es. Asentí otra vez mientras encendía un cigarro y Santa nos acariciaba con su voz:

<<sabiéndote ajena, sintiéndote mía >>.

Pero no sólo para estas cosas sino también para otras andamos tras lo que no, dije después de tres o cuatro cubas de versar sobre señales, objetos inalcanzables, jugadas del destino, etc., y cuando ya el ron había prendido la euforia y roto los estímulos eléctricos que nos ataron a Santa y a su escote abismal cuando apareció por primera vez en escena.

-¿Cuáles otras?, preguntaron Fidel y Javier.

-El agua no es de las calizas, pasa por ellas y se va a la planicie. Es agua de paso, como nosotros. Me miraron preocupados y le pidieron al mesero que me trajera otra cuba pero bien cargada.

Seguimos bebiendo y conversando largo rato otra vez sobre señales, augurios, mujeres y seleccionando desde nuestra mesa las que sacaríamos a bailar apenas la orquesta volviera a tocar, cuando sin un agua va, como había hecho yo antes, Javier volvió al asunto del agua.

De modo que hay que proponer un pozo muy profundo y en la parte más baja del predio, ¿no...?. Porque el agua es medio ajena. Como ya estábamos medio pedones, Fidel y yo nada más Jo miramos y le dijimos que sí, porque en ese momento la orquesta y Santa iniciaban Ja segunda tanda de variedades de Ja noche. Yo me paré a bailar, tarareando junto con Santa, al oído de mi damisela:

<<quiso la vida juntann;>>.

Iba a cerrar los ojos para bailar juntito y bien rico, cuando vi al viejito del restorán en una mesa. Vestía impecablemente un traje de lino blanco muy fino, zapatos de charol también blancos y un fistol con una esmeralda en Ja solapa. Solo en su mesa, dejaba caer sobre Santa una mirada apacible.

-¿Quién es el viejito? Pregunté vivamente a mi pareja.

-Se dice que es un minero retirado. Venía de paso muy joven cuando descubrió una mina y se quedó. Otros aseguran que es muy rico y otros que ya no tiene nada. Lo único cierto es que después de muchos años de trabajar en su mina conoció a Santa cuando él ya era un hombre maduro y ella apenas una jovencita.

-Viene todas las noches continuó, pero sólo a celarla porque cree que con sostenerle dos negocios ya es de él.

-¿Y no es de él?.

-!Claro que no.! ¿Que esperabas?.

-Pues que sí.

-Es que además de jovencito eres como todos muy pendejo.

Ya en confianza, le inquirí entonces sobre lo que me empezó a corroer el alma.

-¿La canción es para joderle el espíritu?.

No. Es para todos. A Ja gente le gusta mucho como la canta. El negocio es el negocio ¿Y a tí?.

-Pues sí. Le contesté para que no me pendejeara otra vez y porque además me gustaba en verdad.

Miré otra vez al viejito, y con un cierto amargor en el alma, pero repegándomela lo más que podía, le dije sin saber por qué o para qué, que yo también estaba de paso. Yo también. Me dijo. Y me sonrió abiertamente para después agregar. Aquí todos venimos y estamos de paso.

EL MANANTIAL DEL DESPECHO

La historia del despecho comenzó por un pelo que se introdujo en un poro y terminó en un manantial de agua caliente. Me caí. Y digo que me caí, porque cualquiera podría dudar de que cosas tan inconexas pudieran dar lugar a un despecho, pero así fue.

La trama que unió tres cosas tan opuestas tuvo un vértice de apoyo donde concurren el empecinamiento, el eclecticismo, entendido éste como el tomar de cada cosa lo que mejor convenga, y esa capacidad natural del hidrogeólogo para desconectarse del mundo exterior.

El episodio se inició cuando Sergio, peludo de pecho y brazos, se dio cuenta de que se le había introducido un pelo en un poro al Norte del Ecuador. Esto originó que se le formara una bola inofensiva, pero el médico que lo auscultó determinó que era necesario extirpar de inmediato.

Para tomar la esencia del cotarro, es necesario decir que este incidente ocurrió en el tiempo en que Sergio, Poncho, Willy y yo estábamos inmersos en la parte más abrumadora de los trabajos de campo de los estudios geohidrológicos de los valles de San Luis, Villa de Arista y Villa de Reyes, y que también en ese tiempo, a alguien se le ocurrió elucubrar la audaz hipótesis de que el Valle de Villa de Reyes cedía agua a profundidades muy grandes al de Río Verde. Como el esclarecimiento de lo anterior era fundamental para definir el funcionamiento del valle de Villa de Reyes y porque la hipótesis me atraía sobremanera desde el punto de vista de geología regional, tomé este asunto como algo especial y mucho tiempo en juntar toda la información geológica e hidrogeológica que pudiera ser de utilidad para fundamentar o desechar algo sobre tan atractivo planteamiento. Con el tiempo y sin que lo notara me vi embebido en la cuestión como un poseído: de aquí el empecinamiento.

El eclecticismo comenzó a manifestarse meses atrás, también sin conexión aparente, con la molestia bajo la columna que Sergio sintió desde los primeros días del censo. Como al parecer era una molestia leve, yo trataba de tranquilizarlo diciéndole que era consecuencia de tanto subir y bajar de la camioneta para censar los pozos, cargar con sondas y madre y media; también le decía que era por lo rápido que comíamos en el Tokio o porque no había tomado con regularidad su consomé de la región, el cual consistía en una mezcla bien agitada de Ron Potosí con coca. Pero el caso fue que después de unos meses se tentó y se sintió la bola más grande, se asustó y me pidió que lo acompañara a ver un médico. Uno de sus ya para entonces incontables ligues le recomendó un galeno que tenía su consultorio al otro lado de la ciudad, pero que según Oiga, su pegajosa pretensa en turno, era muy acertado.

Al término de la primera consulta, yo no podía asegurar si el discípulo de Hipócrates era muy acertado o no, pero sí que tenía una recepcionista que se caía de buena y que además resultó ser compañera de aventuras y farras de Oiga.

Después de la operación de Sergio, las visitas al consultorio para curaciones y retiro de puntos se sucedieron con frecuencia, por lo que los encuentros con Julia, la recepcionista que se caía de buena se volvieron también frecuentes. Así fue que mientras Sergio era atendido por el galeno, Julia y yo intercambiábamos, primero, los conocimientos usuales sobre lo que hacíamos, lo que nos gustaba, lo que no, y todas esas pendejadas que se cruzan entre dos extraños que tratan de conocer las nimiedades o cosas importantes del otro. Después, como podría esperarse, los intercambios de conocimientos se volvieron más finos y substanciosos.

Julia me gustaba, pero solo así, a secas, y sin mayores ponderaciones. Fui descubriendo la causa de esto conforme la trataba. Resultaba que a pesar de estar buenísima y medianamente bonita, se daba con mayor frecuencia unos aires de chingona que anulaban los pocos en que era menos "faceta", lo que daba como consecuencia que sólo me gustara a secas y nada más. De ella hacia mí, el semicontexto era opuesto, yo no le atraía (nunca estuve bueno), pero sentía o intuía que no le desagradaba del todo; para hacer un símil más objetivo, acudo a aquella expresión que usábamos a menudo y que lo decía todo: fulanita no está buena ni es bonita, pero tiene bonita letra. Pero aparte de mi letra bonita, había un aspecto que nos ligaba además de las consultas de Sergio al doctor y la amistad común de Oiga: los dos éramos medio influenciables y en cierta forma introvertidos: estas dos afinidades bastaron para mantener medio viva la amistad.

-Cuando estoy con todos los muchachos me siento distante. Le dije la primera vez que fuimos al Louisiana. Y la mera verdad, solo me siento a gusto si estamos libando y escuchando música.

-A mí me pasa algo semejante. Cuando estoy con varias amigas me siento atrapada en un diálogo de sordas y entonces me encierro en mis pensamientos. Pero también la mera verdad, igual que tú, si estamos tomando la copa, me ambiente y me uno al chismorro.

Esa noche llegamos al Louisiana que era el café más chingón de San Luis, porque en la tarde a Sergio se le había roto una costura de la herida y como no se podía sentar, atravesamos toda la ciudad en un Safari con Sergio de pie y en pijama, saludando a la gente de las aceras como si hubiera sido Echeverría en gira de trabajo. Esa vez la consulta tardó tanto tiempo, que Oiga se ofreció para regresar a Sergio a la residencia y yo para llevar a Julia a su casa y de paso hacer escala en el Louisiana.

Después de esa tarde regresamos varias veces al café y dos o tres veces a tomar la copa sin aburrirnos y sin que alguno de los dos se sintiera forzado. Pero como era de esperarse, Willy, Poncho, Chalío, Oiga, Sergio, David y en fin todos, dieron por sentado que yo andaba bien entrado con Julia. Como por supuesto que esto no era

así, yo les seguí el juego para no entrar al campo de las explicaciones difíciles.
¿Cómo es que van al café y a chupar y llega tan tarde y nada mas son amigos?
Si yo les hubiera dicho que entre los dos les dábamos cuerda a los proyectos de cada quien, la mayoría de las veces cambiándolos o ampliándolos, y que el hecho de salir solos era porque así nos sentíamos mejor y nada más, lo más seguro era que me hubieran tachado de puto, por lo que durante un tiempo seguí con el juego sin pensar en las consecuencias, ¿Cuáles? Pues que Julia y su espíritu ecléctico no solo también dieron por sentado que yo anduviera entrado, según le insinuaran, o afirmaran los demás ingenieros del campamento, sino que se envolvió por un tiempo en uno de sus aires de muy chingona. Iba o no iba al Louisiana según lo concertado, me tomaba o no me tomaba la llamada y cuando iba al café me tomaba o no de la mano y en fin, me tomó de su pendejo.

Eso le pasa por no aventarse a fondo. Ella anda entrada y usted no se avienta. Me dijeron los inges de la residencia sin pensar en las consecuencias. ¿Cuáles? Pues que yo y mi también espíritu ecléctico agregáramos otras afinidades inexistentes a la relación y que me sintiera de verdad medio entrado.

En tanto todo esto pasaba, Sergio se recuperó por completo y Oiga organizó un día de campo al balneario de Santa María del Río para celebrar la recuperación. A Oiga yo le gustaba para Julia y Sergio me contaba que Oiga le lavaba el cerebro a ésta para que me aceptara, aunque yo no le hubiera propuesto nunca nada.
-El es un inge y tu no eres más que una recepcionista. ¿Qué más quieres? Me comentaba Sergio que eso le decía Oiga a Julia como forma de convencimiento poco efectiva por el fondo simplista y vacío del argumento.

Yo sí sabía qué quería Julia, pero también sabía que su influenciable ego la había convencido del peso de estos aforismos que a cierta edad son contundentes: peor es nada y más vale pendejo en mano que estoy buenísima pero no he pescado nada como yo quiero.

El caso es que el día de campo Oiga iba dispuesta a casarnos, Sergio a apadrinarnos, los demás inges al desmadre y yo como que quería y no quería a ver que pasaba. Julia por su parte, además de que iba a todo lo que daba, se había resignado a su mediocre suerte y al llegar al balneario me hizo que la tomara del talle a guisa de virtual entrega. Pero en eso el encargado del balneario preguntó si alguien deseaba que le apartara una tina de agua termal.
-¿Como? Pregunté. ¿Aquí arriba hay agua caliente?
-Por supuesto señor. Contestó el encargado.
-¿En pozos?
-No señor. En ojos de agua.

Solté a Julia y me fui con el encargado a ver los lugares por donde brotaba el agua caliente.

-El agua viene de allá y se va para allá. Apuntó el encargado señalando hacia Villa de Reyes y hacia Río Verde.
-¿Y cómo sabe que se va para allá?
-¡Uh! Todos nuestros antiguos nos contaban cómo salía el agua por las grietas del otro lado del cerro.

Salí con el encargado del balneario, cruzamos la carretera y subimos el cerro de enfrente, bajamos por el otro lado y después de mucho andar me mostró las grietas por donde antes salía el agua. Desde ese punto se veía la imponente Sierra de Alvarez tras la cual se iniciaba el descenso hacia el valle de Río Verde. En ese mismo rumbo, pero de este lado de Ja sierra, Pemex tenía ya un buen tiempo perforando un pozo, por lo que ocupé lo que quedaba de luz de la tarde en alinear Santa María, el pozo y Río Verde. En fin, me olvidé de todo, menos del agua, su fluir y las causas de su ímpetu por ascender, allí por donde tantas veces había pasado sin darme cuenta de los manantiales calientes.

Regresé a San Luis bien entrada la noche, por supuesto solo, en camión de línea y sin haberme casado. Varios días después supe por los muchachos, pues yo me había encerrado a integrar Ja información de aquella tarde, no por otra cosa, que Julia había dicho que eso le pasaba por pendeja y buena gente y que Oiga tenía la culpa por metiche y que después de todo le valía madres.
-Y es que de a tiro la menospreció. Me dijeron todos en la residencia en tonos que iban desde el reproche al de la compasión.

Yo no la volví a buscar porque no le quise decir, ya que mínimo me hubiera mentado la madre, que eso no le había pasado por pendeja ni por buena gente, sino por un manantial de agua caliente.

En fin, de cualquier forma, los dos lo sabíamos, No éramos el uno para el otro, como de la manera más mamona se dijo por unos días en la residencia, sino más bien lo que se le parecía: algo así como lo posible por vivir.

LLANO GRANDE

*A la memoria del Ingeniero Alvaro
Frías Romero.*

Cuando el inge Frías y yo llegamos a la cantina de LLano Grande percibí de golpe el ambiente peculiar que tienen todas las de esa región los sábados al medio día, y por eso me acordé de Gustavo, quien me dijo al llegar a Celaya para iniciar los trabajos de censo de pozos, medición de niveles, pruebas de bombeo y nivelación topográfica, que las mejores botanas y el mejor ambiente, sólo se encontraba en las cantinas de Guanajuato.

Nos habíamos quedado de ver allí con Angel, Rubén y Amado para celebrar, según acostumbrábamos, la terminación de alguna etapa de los trabajos. La de ese día, se debía a la culminación de la nivelación topográfica de brocales de pozos por el inge Frías en un tiempo récord.

Para hacer tiempo en tanto llegaban los muchachos, pedimos la primera tanda de cubas y pronto nos vimos envueltos de manera casual en "el asunto de Rosaura". Hablando acerca de ella, consumimos la primera hora y tres tandas de cubas.

El inge Frías no conocía a Rosaura y yo sólo la había visto en tres o cuatro ocasiones sin mediar palabra con ella. ¿Qué mantenía y alentaba entonces la conversación que por momentos se convertía en franca discusión?. Dos cosas: el halo de misterio que percibí en Rosaura las veces que la había visto y la contumaz forma de ser del inge Frías. Era por esto último que llevaba todo ese tiempo tratando de convencerlo de que no tenía otra intención sobre Rosaura, mas que el de entablar alguna plática con ella para esclarecer ese como misterio que la envolvía y por otra cierta curiosidad no muy bien definida, y además, claro, porque estaba buenísima.

—¿Cómo es que si ni siquiera ha hablado con ella, me sale con la jalada de que tiene un aire de misterio?. Me dijo al tiempo que metía los dedos en su cuba para remover los hielos.

El inge Frías era topógrafo del Politécnico, de donde había egresado allá por los cincuentas. Además de ser un topógrafo muy eficiente era un buen amigo y aún mejor bebedor. El casco de Santo Tomás, su Necaxita y su San Pedro de los Pinos, decía con frecuencia, eran sus máximos orgullos. Su debilidad: discutir por todo, de preferencia con cubas de por medio.

-Es que no ha sido necesario platicar. Refuté al inge Frías. -No se como definirlo. Pero es algo que se siente, que se intuye en el transcurso de su mirar.

-El misterioso es usted. Dijo al tiempo que metía otra vez los dedos en el vaso. — Y ya cuando se tiene su edad se llama de otra forma.

Su plática era fácil y amena, directa y sin rodeos. Tendría en ese tiempo alrededor de cuarenta y cinco años; muy bien vividos según él, muy mal vividos según otros, por las huellas prominentes que los excesos en el trabajo y el bien o mal vivir, según se quiera ver, habían dejado marcadas en su rostro.

-Con misterio o sin él usted le trae ganas. Y conociéndolo como lo conozco, estoy seguro que anda usted entrado. Hizo una pausa para encender unos de sus Del Prado y concluyó.-Sólo que como es usted gandalla no sabe como llegarle .

Por necesidades del trabajo, recorría yo solo los valles de Guanajuato, con el fin de marcarles a las brigadas los itinerarios de censo y nivelación de pozos. LLano Grande por su ubicación era un paso obligado y frecuente y en uno de esos tránsitos conocí a Rosaura en una cafetería donde trabajaba como cajera. En esa ocasión entré a tomar mi café del medio día y lo primero que vi fue a ella; confieso que me impactó. Rosaura también me vio, pero no creo que se haya impactado.

Rosaura tenía una edad indefinida o difícil de precisar. Por la naturalidad de sus ademanes y la espontaneidad con que se reía de cualquier cosa con los parroquianos conocidos, colegía que tendría unos diez y ocho años, pero la macidez de sus formas hacían pensar que tuviera unos veinticinco. En cuanto entré, su rostro apiñonado me pareció de piel fresca y juvenil, pero al salir, cuando la vi de cerca al pagar el café, intuí en su rostro como un velo de juventud adelantada o como que una historia de melancolías que adosadas a su piel y a su mirada ensombrecían sus ojos y a la frescura primeramente e percibida. Sus ojos eran muy grandes, de color miel oscura, y su boca , a pesar de ser grande y sensual , tenía cierto aire de resolución y de actitudes decididas como las de las bocas pequeñas y frías.

Las siguientes veces en que regresé al café, alargué allí mi estancia con el pretexto muy socorrido de aparentar una lectura muy interesante en algún periódico o revista, cuando esto no era mas que un escudo para de vez en cuando observarla abiertamente. Aunque creí haber sido discreto, Rosaura se dio rápidamente cuenta de ese subterfugio , ya que desde la segunda ocasión me pareció vislumbrar en su expresión un cierto dejo de complicidad y de complacencia en el juego . Y a la tercera taza de café, cuando mis sentidos y mi espíritu se habían excitado, hacía planes para que al momento de pagar el café traspasara el umbral de la pura contemplación.

-Pero nunca he traspasado ese umbral inge.

-Claro! Porque ya empezó usted a agandallarse .

-No inge. Es que ahora es diferente. Ni estoy entrado ni le traigo ganas para un faje. Es como le dije antes, algo como una curiosidad que....-Bueno, dijo abruptamente como si le estuviera hablando una pared -Ya se me llenó. Voy a miar. Se lo aviso. Y se paró al baño como si nada. Traté de aprovechar el tiempo en que el inge mingitaría tres cubas para reorganizar mi defensa; esto en el caso en que me convirtiera de pared en persona cuando en eso llegaron los muchachos.

Vaya! Reprochó el inge Frías al regresar del baño. Dijimos a las doce, no a las tres.

-Que sea menos inge! Es apenas Ja una. Contestó Angel.

-Nosotros estamos trabajando, contraatacó otro.

Se sucedieron en fin las intrascendentes justificaciones y mentiras acostumbradas entre Jos que esperan y los que llegan, mismas que se interrumpieron con Ja rápida aparición del mesero con las botanas y las botellas; no obstante que el servicio había sido diligente, el inge Frías naturalmente protestó.

Vaya contigo. Espetó al mozo. -¿qué fuiste a matar al puerco? -Te pareces a las señoras que acaban de llegar, ya hasta se me bajó el cuete ... etc. Se dijeron los primeros saluces y yo postergué para después la apología de mi gandallez ante el férreo jurado del inge Frías.

Pronto nos enfrascamos en comentar animadamente aquellos incidentes del trabajo que no por conocidos dejaban de ser interesantes o anecdóticos, y en saborear otros desconocidos. Desfilaron para nuestro deleite entre otras muchas, la de la tarde en que por visitar a la hija del dentista, su papá me sacó dos muelas y todavía al otro día le llevamos serenata (a la hija) hasta que nos corrieron; la de la noche en que viajamos diez en un Volkswagen, cinco damiselas y nosotros, desde la Yegüita hasta Celaya; las célebres noches del Bar Gómez; el censo del Valle de Irapuato en una carreta tirada por bueyes; las tardeadas del Guzy, etc, y que en el fondo no eran otra cosa que el deseo de manifestar la asistencia a vivencias fuera de la cotidianeidad intrascendente y los actos irreverentes que habrían de dejar la huella indeleble de aquellos que vivimos, si así se me permite decir, un poco al margen del cartabón moral establecido que ...etc.

Así, al promediar la tarde, el pasado inmediato había sido descargado de los corazones; el futuro, aunque había sido delineado por algunos, se había difuminado rápidamente ante la incertidumbre. Sólo quedaba entonces para sobrevivir a la suave depresión que procede a la euforia, el pasado más pasado, aquél que por conocido ofrecía el reducto más seguro en donde alojar el dilema del existencialismo de cantina. Junto con la nostalgia cobraron vida y significancia las voces de reproche, entrega y despecho que desde hacía horas poblaban la cantina, pero que para el grupo habían hasta entonces pasado desapercibidas.

-!Música maestros! Pidió alguien por todos nosotros y un conjunto de cuerdas se acercó a la mesa..

-!Viva mi desgracia! Pidió Rubén a los de cuerdas, lamentándose al compás del valsecito de su falta de decisión ante aquella novia del terruño.

Quando terminaron los de cuerdas, Angel les preguntó que si se sabían "Poeta y Campesino", tal vez inspirado por el ambiente bucólico de la región. Los de cuerdas se la sabían, y además deben de haberla ejecutado muy bien, porque todos nos acomodamos en nuestras sillas y adoptamos un aire de circunspección y seriedad como si hubiéramos estado en Bellas Artes.

-Otra por el estilo maestros. Pidió Angel. El del violín apuntó algo en una tarjeta y sin hablarse y ni siquiera mirarse, se arrancaron en forma sincronizada como si hubiera un director invisible. Era otro vals muy pegajoso y a los pocos compases nos emparejamos con los de cuerdas.

"morir por tu amor
que dicha ha de ser
morir por tus ojos divinos
que son la expresión del placer"

El valsecito debe habernos llegado a todos porque se repitió como diez cubas, y cuando al fin alguien dijo que era tiempo de regresamos, Rubén, que se resistía a terminar el plan así como así, preguntó que por qué no la seguíamos en Celaya. Todos estuvimos de acuerdo, porque como tres de nosotros teníamos que manejar, lo mejor era ternúnar la farra de LLano Grande y regresamos antes de que estuviéramos más cuetes.

-En el Gómez compramos las botellas y nos vamos a la residencia. Dijo el inge Frías, refiriéndose al Bar Gómez de Celaya y la casa-oficina que habitábamos allá.

-¿Y la música? Volvió a preguntar Rubén.

-Del Gómez nos llevamos al trío. Le contestó rápido el inge frías, que veía una oportunidad de oro de hacer escala en el Gómez.

-Pero allí no hay conjunto de cuerdas, objetó Rubén que estaba entrado con el valsecito.

-Pues nos llevamos a los de cuerdas a Celaya. Apuntó Amado bostezando.

-Estás pedo. ¿Como se te ocurre?. Nomás el contrabajo ocupa todo un Volkswagen gruñó el inge Frías señalando el instrumento. Todos los demás lo volteamos a ver y debimos de haber visto un contrabajito porque en forma unánime opinamos que bien cabría atrás atravesaa, y que si menamos el mple, los esiamues, las sonoas, el nivel, las escuadras y las botellas para las muestras, que por qué no iba a caber el contrabajo y que el que estaba pedo era él.

-¡Ah! Si serán necios los señores. Ripostó alzando las manos y se sentó a prepararse la caminera "como debía de ser".

Salimos de la cantina como a las seis de la tarde y aunque estábamos en agosto y aún había luz, soplaba un airecillo que calaba hasta los huesos y se iba sintiendo mas frío conforme nos tardábamos en meter el contrabajito en el Volkswagen de Angel. Todos hacíamos esfuerzos inútiles por meter el contrabajito, lo cual era inexplicable pues todos opinábamos como si toda nuestra vida hubiéramos sido cargadores. De ladito, insistía alguien. Primero la parte gorda, exigía otro. No, primero la punta y ya que haya entrado la mitad lo volteamos señalaba otro mas. Durante mas de veinte minutos repetimos las mismas maniobras sin éxito, lo que desalentó primero a unos y luego a otros, hasta que sólo se quedó Rubén con los de cuerdas, pues los demás nos fuimos a buscar a la cantina al inge Frías a donde se

había regresado a guarecerse del frío. A poco nos alcanzó Rubén para decirnos que el maestro del contrabajo lo había metido en cuanto lo dejamos solo y aprovechó el anuncio para echarse también su caminera. Como siempre fuimos un grupo muy unido no lo dejamos solo y nos tomamos con él otra caminera.

Salimos otra vez de la cantina, pero ahora como a las siete y media y ahora sí, dijo alguien, directo al Gómez.

Conocedores de todos los caminos de Ja región, tomarnos uno que rodeaba el cerro de La Bola y por el cual saldríamos a la carretera cerca de Villagrán, pero cuando llevábamos rodando poco tiempo nos detuvimos. Una gran cantidad de gente, coches y camiones copaba el atajo que rodeaba el cerro y la salida a la carretera.

El inge Frías que iba adelante se acerca para informarnos a los que veníamos atrás.
-!Estamosjodidos. Una procesión!
Consternación general.

Nos reunimos todos y recargados en uno de los Volks observamos a los peregrinos y a la columna que iluminada con velas, se mueve como una larga cinta que ondula, que sube, que baja. La columna avanza con lentitud desesperante y por momentos se detiene, vuelve a ondular y al poco tiempo queda inmóvil como una culebra herida de muerte. El espeso silencio que nos cubre es roto por Amado, al preguntarnos que haríamos sin él, en tanto saca de unos de los coches dos botellas familiares de coca cola y una de Bacardí.

!Maestro!. !Maestro! Prorrumpimos todos y nos preparamos unas cubas.

Con las cubas en la mano y otra vez recargados en el coche somos ahora una escena clásica para una foto en color sepia: el inge Frías me mira fijamente con la expresión de: ¿y ahora a éste que le pasa?, Amado, girado de tres cuartos hacia la cámara parece buscar en el fondo del vaso el porvenir; Angel con la cabeza sobresaliendo de las demás me mira también con extrañeza. Yo estoy en un extremo del grupo con un pie sobre el estribo del coche, con la boca entreabierto y con la mirada fija en Rosaura, la que con una vela en la mano también me mira.

Click y disolvencia de la imagen. El inge Frías se empina el resto de su cuba de un solo golpe a la Pedro Armendariz y ...-¿Qué?. Parece que vio al chamuco. Y voltea a ver al chamuco. Los demás también recobran el movimiento, me ven y luego a Rosaura que camina hacia nosotros con los brazos entrelazados con quienes deben ser dos amigas. Sólo yo permanezco fijo en un rincón de la fotografía. En ese momento la voz de Pedro Armendáriz me saca de ella y el umbral que nunca había cruzado lo cruzo en un estado de postempedamiento cuando inclino la cabeza y le digo buena noches. Por unos instantes que me parecieron siglos no cambió sumística expresión y cuando parecía que iba a pasar de largo como si de verdad estuviera mirando una fotografía de mi tamaño, cambió la expresión, y me sonrió.

-Sígala. Que espera. Casi me gritó el inge Frías.

-Pero ahorita estoy medio persa, mejor mañana le caigo.

-¿Para que mañana? En caliente. No le digo que es usted gandalla. Nos unimos a la procesión y ahí le cae.

Nos unimos a medias, pues marchamos a un lado de la columna y un poco rezagados junto con los de cuerdas que tocaban el mismo valsecito de la cantina; la distancia nos ponía al margen de una ofensiva irreverencia y servía para simular que llevábamos nuestra propia procesión, pues según el inge Frías los pedos también éramos católicos. Alcancé a Rosaura y a sus amigas y a pesar de la cruda que me empezaba a hacer estragos me introduce de manera original.

-¿Adonde van? Pero tuve suerte; aunque sus amigas se miraron entre sí, como diciendo, mira que preguntas hace este buey, ella rió de buena gana y contestó que a donde yo quisiera. En el brevísimo instante que siguió y durante el cual sus amigas parecían reclamarle algo, pensé que el inge Frías tenía razón y que el misterioso era yo, por lo que me lancé a fondo.

-Pues vamos a Celaya. Ibamos para allá, pero la procesión nos detuvo.

-¿Nada mas la procesión? Inquirió retadora.

-Bueno..no..usted sabe, desde que la conocí.., balbuceaba apenas cuando me interrumpió.

-¿Me conoció?. ¿Ya me conoce?. Yo muchas veces no se quien soy.

-Bueno, es cierto; desde que la vi en el café me pareció usted muy linda, aclaré remarcando el vi y el me pareció, para evitar entrar en el campo del conocimiento.

-Gracias. Pero el que le parezca linda puede que sea suficiente para que se quede, pero no para invitarme a Celaya. No sabe usted quien soy. Y dijo el quien soy con una entonación tal que se me quitó la cruda.

-Como usted dijo que adonde yo quisiera, repuse a guisa de justificación y temeroso de que estuviera abordando a la esposa del presidente municipal, a la del matón de la región o algo parecido.

-Es que la pregunta es de verdad así, por que aveces ni yo se quien **SOY**. **Insistí** encarándome.

-Bueno...yo también, repuse, tratando de restar importancia a sus titubeos. Nos sucede a todos. Y en ello está el encanto, no? Y luego ya encarrerado me fui hasta el fondo con aquello de que esa tarde me había gustado para que nos conociéramos a pesar de los riesgos. Porque.. ¿a lo mejor si hay riesgos, no?

-Puede ser. Contestó entre irónica y divertida y asumió una **expresión de ausencia**.

El frío me hizo sentir lúcido y al reflexionar concluí, aprovechando su mutis total, que en verdad la misteriosa era ella y no yo, y con ganas de terminar el asunto y que me mandara a la chingada le pregunté a bocajarro. -Encierras muchos misterios, ¿no?

-Tal vez. Contestó apenas, y se volvió a sumir en prolongado mutismo.

Comenzábamos a subir una cuesta y el paso lento y fatigado hacía más pesado el silencio entre los dos. Una de sus amigas dijo algo sobre el camino y se sentó en una piedra, la otra estuvo de acuerdo sobre ese algo y se sentó a esperarla.

-En el café eres muy alegre. Rompí con esta afirmación el silencio en cuanto sus

amigas se quedaron atrás y sólo mientras pensaba en algo que fuera de mayor interés.
-Así soy a veces. Contestó muy segura de sí misma, copando otra vez la entrada a una conversación abierta.
-Ahora estás muy pensativa. Y luego traté de hacerla reaccionar con algo que rompiera su aparente seguridad. ¿o nerviosa?.
-Aburrída. Contestó sin más ni más; de tal modo que el de la seguridad no herida sino muerta pasé a ser yo.
-Todo esto me aburre terriblemente; vine porque no tenía otra cosa que hacer y tal vez me regrese, dijo volteando a buscar a sus amigas.
— Yo también. Contesté por defendenne. Y porque a decir verdad, me empezaba a cansar del juego de los monosílabos de la que en ese momento llamaba ya como " la mujer misterio ".
-Bien "mujer misterio", prorrumpí intempestivamente después de un silencio. Me regreso con mis amigos. Ante tal calificativo reaccionó, pero no como era de esperarse, pues se rió abiertamente y me preguntó el porqué lo de "mujer misterio".
-Pues por el tal vez, puede ser, a veces, quien sabe.
-¿Y no es así la realidad? Preguntó seria otra vez. Puede ser, filósofo; -Porque no estamos seguros de nada; a veces ..., continuó, -porque a veces se es y a veces no; por ejemplo, en este momento soy, porque a veces no me siento ser. Concluyó.
-Ah!. Exclamé en un tono francamente irónico, y luego con tono de impaciencia:
-¿seguirnos o nos regresamos?
-Es igual. Contestó seca y tajante volviendo a ser la que era antes de ser ella.
-De cualquier forma nunca se llega a ningún lado; seguir o regresar, dijo con profundo fondo filosófico, -sólo tiene sentido cuando se va o se viene una única vez.

Me sentí otra vez pedo. Busqué infructuosamente los cigarros en las bolsas de la chamarra y reviré a ver si veía a los muchachos. Estos estaban por fortuna muy cerca, atrás de un ralo contingente de peregrinos por lo que me sentí rescatado, pues ya empezaba a sentir que yo no era.

-¿Te preocupa seguir? La escuché lejana. -Mis amigas ya se me perdieron y ahora tu tendrás que regresarme. -O te preocupan los riesgos?. Dijo, tomándome en otro de sus actos inesperados la mano, tan inesperado, que no sabía si era ella o la que no era la que la aprisionaba. Al sentir su mano que me acariciaba suavemente, le contesté que no me preocupaba ningún riesgo y que la regresaría a donde ella quisiera. Iba a decir algo más, cuando sus ojos volvieron inútil cualquier palabra, en tanto las notas del valsecito y las voces de los muchachos nos envolvían:

"morir por tu amor
que dicha ha de ser
morir por tus ojos divinos
que son la expresión del placer"

El grupo con los de cuerdas nos habían alcanzado y cuando los muchachos me anunciaron su impaciencia de regresar a Celaya les anuncié.

-Voy a llevar a Rosaura a su casa y los alcanzo allá.

Los muchachos se miraron entre sí y antes de que pudieran responder cualquier cosa, Rosaura se les adelantó para decir que quería ir a Celaya.

No supe en ese momento si fue Rosaura o la que no era la que lo dijo, pero como había visto no tenía caso averiguarlo y menos bajo la llovizna que arreciaba, y sin que se dijera más nos echamos a correr hacia los coches. En tanto nos acercábamos a los coches, a tiempos corriendo y en otros caminando aprisa, le pregunté temeroso si no tendría problemas por irse así como así a Celaya, pero mi temor se diluyó con la naturalidad con que me contestó que por qué.

¿Por qué? Quería decir todo. Por ejemplo: si yo quiero hacer algo lo hago, o, ya estoy grande para saber lo que hago o lo que me inquietó más: me vale madres todo.

Traté de hurgar otro poco, pero ahora ya no por las consecuencias que le podría acarrear la ida, sino por las que podríamos hacerlos merecedores los muchachos y yo.

"Secuestro en LLano Grande" Me imaginé el encabezado del Sol de Guanajuato del día siguiente y abajo una fotografía de todos nosotros incluyendo a los de cuerdas.

-Digo..., por tus papás.

-No viven aquí.

-¿Y tu novio?

Alzó los hombros y me volvió a responder con otra pregunta.

-¿Y la tuya?

Me hice buey y mejor no insistí. Sus respuestas preguntas me parecieron era justo lo que necesitaba para conjurar toda consecuencia y no perder una oportunidad como caída del cielo, pues como se translucía de sus respuestas preguntas, ya sabía lo que hacía, no iría entonces a Celaya sólo para escuchar a los de cuerdas.

Nos distribuimos para el regreso: Angel con el contrabajito, Rubén y el inge Frías con los de cuerdas y Amado, Rosaura y yo en el último volks.

En el trayecto a Celaya, nos rebasamos y nos atrasamos en varias ocasiones y al otro día se contaron diferentes versiones. En un rebase, Angel aseguraba haber visto que Rosaura y yo íbamos trenzados en un faje de epopeya. Cuando Amado adelantó a Rubén y al inge Frías, estos juraron en cambio que cada quien miraba por su ventanilla como dos desconocidos y que cuando a ellos les tocó rebasarnos, no se veía más que a Amado como si atrás no viajara nadie. Amado por su parte dijo que él había sido como el convidado de piedra, cosa que todavía le agradezco. Pero en realidad las cosas fueron así: poco después de haber iniciado el regreso, casi al llegar a Salamanca, ayudé a Rosaura a quitarse el sueter, ya que si afuera lloviznaba, adentro del coche el calor se había acumulado. El sueter era cerrado, de los que tienen que sacarse por arriba; además, debe de haber sido por razones de estética pectoral cuando menos dos tallas más chicas, por lo que la maniobra se complicó y por ello parecía que nos abrazábamos. Después, al pasar por Villagrán, Rosaura sintió frío y se recargó en mi hombro en una actitud, que buey como siempre he sido interpreté como un acto de ternura.

En esos momentos mis reflexiones eran confusas y opuestas, pues al mismo tiempo que seguía intuyendo en Rosaura la nostalgia de una ausencia dolorosa, me esforzaba por urdir un plan con el cual culminar el dictado natural de los sentidos que la suave tibieza de su cuerpo aguijoneaba con el inevitable reclamo de la carnalidad. Recuerdo también que libraba una lucha interna entre el tierno platónico y el gandalla que va a todas; Rosaura debe de haber adivinado esa lucha, porque en otro de sus actos inesperados alzó la cara, me besó los labios, y sin decir nada se separó hasta la otra ventanilla.

El beso terminó mi lucha, mis antiguos rencores se apagaron, y juntos con el recuerdo de la novia a la que yo fui el único que respetó, se difuminaron lentamente sobre el cielo de Celaya que miraba desde mi ventanilla. Los dos permanecimos así un rato mirando hacia afuera y poco después Rosaura se durmió. Estuve otro rato contemplándola y tratando de identificar y entender los conflictos que se agitaban en ella y los arrebatos a que daban lugar.

En tanto daba una y otra vez vuelta a estas reflexiones y seguía gozando la tibia sensación de sus labios, el cansancio terminó por rendirme y también me dormí.

-Oiga. Ya llegamos.

La voz de Amado y la portezuela del coche al cerrarse me despertaron de golpe. Me costó trabajo regresar del sueño pesado que me invadiera entre Villagrán y Celaya.

-¿Y los demás?. Inquirí entre dormido y despierto.

-Están adentro. Van a comprar algunas botellas y nos alcanzaran en la residencia, aunque más bien lo alcanzaremos, porque como ni modo que la señorita entre a la cantina, usted la lleva a la residencia y allí nos vemos.

Me puse al frente del volante y me quedé unos instantes mirando el cuadrado casi perfecto de los árboles de truenos que adornaban la Plaza de Celaya. La soledad de ésta reflejó en mi subconsciente lo que viviría en la residencia cuando llegara con Rosaura y supe entonces que había llegado el momento de la definición. Estuve a punto de preguntarle si deseaba regresar a LLano Grande o continuar a la residencia, pero me contuve de hacer otra pregunta inútil. Me dije que cualquiera que fuese su decisión ya la había tomado. Dejé pues todo en sus manos, al recordar que en el ir o regresar no había ninguna diferencia de fondo existencial.

— Y bien. Ya estamos en Celaya. Mencioné sin preguntar nada, mas bien instándola a que diese a conocer su decisión.

-Sí. Fue su respuesta. Me vio e inclinó la cabeza.

-Oye. Me dijo. -Te han dicho inge y mesié...¿cómo te llamas?

-¿Tiene alguna importancia? Le contesté haciendo eco de todas sus aforismos.

-Tienes razón. Dijo. Ninguna.

-Mesié, continuó en voz baja levantando la cabeza para encararme y tal vez para enfatizar así la vehemencia de la frase que no por tantas veces escuchada, también tomó esa noche el cariz hueco de las otras ocasiones: -eres una buena persona.

-Sí. Asentí sin más ni más, al tiempo que mi otro yo se reía con sarcasmo y me decía: tus ojos de santo cabrón no te dejan mentir.

El regreso a LLano Grande lleno de confesiones y de cuitas se me hizo breve y relajado. Las revelaciones aparentemente sinceras, ensalzadas y de una crudeza enternecedora, no penetraron en mi espíritu escéptico y visceral a pesar de ser una buena persona. Con todo, el eterno contubernio de dos entes en hipócritas alabanzas de la virtud se concibió plenamente como se acostumbra entre dos seres que se encuentran y ... nada más. El regreso a Celaya se me hizo, en contraste con la ida, como era de suponerse eternamente largo. La cruda, el cansancio y el peso sempiterno de la buena persona, además del pinche frío, me hicieron cantar durante todo el camino para no dormirme:

"reír, reír, reír
que al cabo la vida está loca"

Cuando llegué a la residencia, para mi sorpresa, no encontré al inge Frías con esos bellos pedos que agarraba después de una sesión de trabajo en el Gómez, sino preocupado.

-Carajo! ¿Adonde andaba? Me recibió con los ojos centelleantes.

-Fui a dejar a Rosaura. Cohtesté, buscando con desesperación una cuba entre las botellas, vasos, planos y fotos sobre la mesa de trabajo.

-¿Y tanto tiempo para eso?

-Inge. Dije suplicante. -Fui hasta LLano Grande.

-¿Y nada más?

-Bueno.... Usted sabe como es Rosaura.

-¿No le digo? Ahora me sale con eso... ¿No me diga que nada más la llevó?

-Hay ciertos momentos. Traté de explicarle...

-No inge. Es usted gandalla.

Me acercaron una cuba y cantamos con el trío, que además de los de cuerdas entonaban cada quien por su lado.

"conoci una linda morenita...
reír, reír, reír
que al cabo la vida está loca"

El inge Frías me pasó un brazo por encima del hombro y me sonrió.

-Inge. Me dijo. -Es usted una buena persona.

El inge Frías, una persona auténtica que actuaba como pensaba, murió seis años después como debía de ser: Frente a la vida de siempre.

ELAFORO

Recién terminados los estudios hidrogeológicos del Valle de Cuernavaca se presentó un trabajo muy interesante en Servicios Geológicos que era la empresa donde trabajaba en ese tiempo, o más bien, donde con toda razón decía el Ing. Torres Izabal, aprendía geología .

Una fábrica de las vecindades de Chignahuapan, en la Sierra de Puebla, requería aumentar su dotación de agua. Los servicios solicitados fueron los de supervisar la instalación del equipo de bombeo para el aforo de un pozo, con el fin de definir el caudal óptimo de extracción y aforar un manantial cuya concesión para su aprovechamiento por la fábrica estaba en trámite.

Alfredo y yo fuimos comisionados para realizar el trabajo, pues en opinión del subgerente de nuestra empresa, qué mejor que un ingeniero civil y un ingeniero geólogo para realizar el estudio sin más dirección y toma de decisiones que a las que nosotros nos parecieran pertinentes. Sólo faltaba un pequeño detalle que resolver antes de salir a Chignahuapan. Todos los vehículos de la compañía estaban ocupados en otros trabajos, por lo que en la empresa se nos propuso que nos fuéramos en mi flamante Volkswagen azul recién adquirido a cambio de una renta diaria. Como yo era el único que iba a manejar el carro, el asunto no me pareció desventajoso y acepté sin saber que esto me acarrearía fuertes críticas de mi padre y otras circunstancias que se presentaron mas adelante.

En primer lugar, mi padre me hizo ver que el coche requería de un tiempo de afloje en la ciudad y que por lo tanto no estaba bien ir a forzarlo en caminos de terracería, como era lo más seguro que haría. Y en segundo lugar recurrió al ejemplo del niño coche que vivía al lado. Este, en los primeros siguientes días de la compra de su coche, se dedicaba con su papá a buscarle ruidos imperceptibles al oído humano, uniones separadas milésimas de micras y defectos en la pintura, observables sólo con microscopio electrónico para regresarlo a la agencia en caso de algún defecto. De tal manera que, en opinión de mi padre, así debería de cuidar mi coche y cancelar el trato.

En parte porque se me hacía penoso echarme para atrás y en parte porque ya quería irme a hacer el trabajo, me fui en mi flamante Volkswagen azul contra toda oposición. No obstante, el día que salí para recoger a Alfredo , estuve a punto de arrepentirme por lo que vi al salir de la casa. El niño coche y su papá trataban de identificar juntos por donde se pudiera filtrar el agua de lluvia o de lavado a la cajuela. El papá con el traje de Armstrog se introdujo en la cajuela; una vez que ésta estuvo cerrada herméticamente, el niño coche con el traje de Collins aplicaba agua con una manguera en las uniones de la cajuela durante un tiempo que controlaban minucia-

samente con relojes también pedidos a la NASA . Ante la tierna imagen que tenía frente a mí, me acometió una especie de remordimiento de conciencia por mi contrastante actitud con mi flamante Volks y medio idiotizado por el acto de sublime ternura que se desarrollaba ante mi, pensé en cancelar el viaje, subir el Volkswagen a mi cama y acostarme con él. Por fortuna este apendejamiento se difuminó rápidamente y me lancé decidido a recoger a Alfredo, pero sin lograr deshacer del todo de la idea de que el niñocho y su papá representaban una velada maldición para mi flamante volks, a pesar de la cual, Alfredo y yo llegamos sin contratiempos a Chignahuapan como a las seis de la tarde .

Chignahuapan es una pequeña localidad de la Sierra de Puebla situada a unos 2500 metros de altura. La altitud y el relieve accidentado de sus contornos propician un clima lluvioso y una espesa capa de neblina que envuelve al poblado a partir del medio día, y que desde lo alto de la Sierra sólo deja ver parcialmente los techos de dos aguas cubiertos de tejas rojas. En el tiempo de este relato, su población no era mayor a los dos mil habitantes. No obstante, se advertía el movimiento de un pueblo más grande por ser un centro de comercialización y distribución de productos agrícolas derivados de los suelos espesos y permanentemente húmedos de las reducidas planicies de la sierra, desde donde bajaban los pequeños propietarios y ejidatarios a vender sus cosechas y a adquirir diversos insumos agrícolas.

Era sin duda, debido a este pequeño pero continuo tráfico comercial, que en uno de los costados de la plaza del pueblo había un hotel que cubría las necesidades de albergue para aquellos campesinos y comerciantes, que juzgaban más prudente pernoctar en él que aventurarse a recorrer de noche los solitarios caminos de la sierra, y emprender el camino a sus ejidos o rancherías al otro día por la mañana.

El hotel al que me refiero era un pintoresco caserón de madera de dos pisos que **Inexplicablemente se mantenía en pie, pues a juzgar por las columnas de madera** artísticamente torneadas, las numerosas ventanas de medio punto y los techos de bóveda catalana aplanada, debió de haber sido construido en alguna época del siglo dieciocho, como una de las posadas para las diligencias que en aquel tiempo hacían el trayecto entre México y Veracruz. A un costado del hotel, había un tosco pero amplio zaguán de mampostería y herrería por donde se entraba a un patio lleno de lodo y hoyos con un cobertizo en el fondo que lo mismo servía de estacionamiento que de caballeriza.

Sobre las seis de la tarde, hora en que Alfredo y yo llegamos a Chignahuapan; el tinte gris del ocaso añadía a la vetusta construcción del hotel un aspecto lóbrego que le quitaba lo pintoresco, por lo que al pasar frente a él, Alfredo y yo nos alegramos de no tener que hospedarnos allí, sino en la casa de visitas de la fábrica, de la cual nos había dicho en México el subgerente de Servicios Geológicos, que le habían dicho al contratar el trabajo era una supercasa, y la que Alfredo y yo esperábamos de perdida igual a la casa de visitas de Tlalmanalco donde nos quedamos

cuando hicimos el trabajo de los túneles del Iztaccihuatl. Pero el asunto de la supercasa empezó a verse mal desde que llegamos a la fábrica. A esa hora las labores ya habían terminado y no había más que un policía que no sabía nada de una casa de visitas, sino de un campamento a la salida del pueblo junto a las granjas experimentales y en el cual tenía entendido se encontraban instalados el veterinario y el ingeniero residente de las obras.

El campamento se encontraba en efecto a la salida del pueblo y estaba formado por un galerón de lámina y cuatro cuartos de mampostería; atrás de estas instalaciones se podían ver, según supimos después, los cimientos y columnas desnudas de lo que sería en muy poco tiempo, la gran supercasa de visitas.

El veterinario nos recibió envuelto hasta los ojos en cuatro sarapes típicos de la sierra. De manera atenta, pero compasiva, nos anunció que el ingeniero residente, que era también el encargado de las obras para el abastecimiento de agua, había tenido que salir de urgencia a Puebla, pero que él nos ayudaría a instalarnos por esa noche y que al otro día el ingeniero resolvería para más adelante. Por lo pronto nos mostró los cuartos donde podríamos quedarnos, aunque dijo que francamente no nos lo recomendaría pues luego se veía que no veníamos preparados. Los cuartos, que eran unas bodegas de una hectárea de superficie cada uno, tenían terminados de aplanado en las paredes y en el piso. Las puertas de lámina eran tan grandes que podía entrar un avión, y la luz amarillenta de un foco permitía ver apenas un catre en una esquina. Por supuesto eran tan helados que inmediatamente nos salimos para no agarrar una pinche pulmonía instantánea.

Fue entonces que obligados por las circunstancias, ya que efectivamente no veníamos preparados con diez sarapes y un calefactor portátil cada uno, que decidimos ir al hotel del que hacía apenas una hora nos habíamos alegrado de no tener que alojarnos allí. Al menos, nos consolamos, el flamante Volks quedaría protegido de la pertinaz lluvia bajo el techo de las caballerizas y tal vez fuera posible que hubiera agua caliente.

Cuando llegamos al hotel, nos dimos cuenta de que aquello de que el coche quedaría protegido de la lluvia había sido una utopía. El cobertizo competía en goteras con los cuartos y las escaleras crujían como si estuvieran a punto de romperse, así subiera o bajara una delicada bailarina de ballet. No había agua caliente más que por las mañanas después de las diez, pero en compensación había cobijas en las camas. Como sea pasamos la primera noche durmiendo a ratos, ya que con frecuencia nos despertaba el crujir de las escaleras y los gritos y risas de los comerciantes, que además de no arriesgarse a viajar de noche por los caminos solitarios de la sierra, aprovechaban muy bien esa circunstancia para no dormir, por estar acompañados de alguna suripanta de la zona.

Al día siguiente, después de nuestra presentación con las autoridades de la fábrica, fuimos al sitio del pozo para iniciar la supervisión del aforo y nos encontramos con

la sorpresa de que los aforadores tenían el equipo completo, cosa que en muy pocos casos habíamos tenido la suerte de ver. Y no sólo eso, en lugar del maestro bombero gordo, enlodado y grasiento, nos encontramos con un tipo que parecía atleta italiano. Antonio, que así se llamaba el maestro bombero, tendría alrededor de treinta años, medía sobre 1.90 metros, era bien parecido y a juzgar por la musculatura de sus brazos y sus enormes manos, la herramienta para unir los tubos la traían solo para casos de emergencia. Vestía además pantalón y camisa de manga corta de gabardina adquiridos con seguridad en High Life de Gante en lugar de los almacenes de Corregidora donde nosotros comprábamos nuestra ropa de campo.

En los siguientes dos días, tiempo que duró la maniobra de introducir la columna de bombeo en el pozo, nos hicimos buenos amigos de Antonio, que ya para entonces Alfredo y yo le apodábamos Supermán, no solo por lo fuerte, sino por su rapidez para ejecutar las maniobras de acoplamiento y descenso de tubería. Al cabo de los dos días se inició el bombeo y al tercer día, el aforo del pozo marchaba sobre ruedas.

Alfredo y yo aprovechamos esta situación favorable y decidimos emprender el aforo del manantial, lo cual debería ser un juego de niños, ya que éramos un ingeniero civil y un ingeniero geólogo quienes formábamos el equipo ideal para tal fin. Escogimos la sección de aforo sobre la parte más angosta del arroyo al que daba origen el manantial, medimos el tirante de agua, la longitud de la sección y calculamos la velocidad del agua con un pedacito de tronco que flotaba como un barquito. Con el caudal así estimado y con la forma de la sección decidimos instalar un vertedor de 30 grados para precisar el caudal aforado y observar sus variaciones durante el día.

Encargamos la construcción del vertedor en la mejor carpintería de Chignahuapan donde nos aseguraron que lo tendrían listo para el día siguiente en la mañana. Al otro día llegamos a instalar el vertedor y constatamos que era de mayor longitud que la de la sección escogida, ante lo cual supusimos que el cauce del arroyo se había azolvado durante la noche o que el carpintero lo había construido mal. Medimos el vertedor y comparamos las medidas con nuestras notas. Estaba bien construido. Revisamos las paredes del cauce y no encontramos azolves nuevos.
-Es que lo medimos por arriba, dijo Alfredo.

Nos metimos al arroyo, tensamos la cinta al nivel del agua y volvimos a medir la amplitud del cauce en superficie con lo que nos dimos cuenta que el vertedor debía de ser veinte centímetros más largo. Regresamos a la carpintería y pedimos otro vertedor igual, pero veinte centímetros más largo. El carpintero nos miró con un cierto aire de extrañeza, pero de cualquier forma prometió el trabajo para el día siguiente.

Al otro día regresamos al arroyo con nuestro vertedor veinte centímetros más largo y con no pocas dificultades lo instalamos. Sin embargo pronto nos dimos cuenta que el vertedor trabajaba ahogado, ya que al enterrarlo en el fondo del cauce removimos algunas gravas y quedaba corto de altura.
-Le faltan quince centímetros de altura. Dijo Alfredo.

Regresamos a la carpintería y pedimos otro vertedor igual, pero quince centímetros más alto. El carpintero nos volvió a mirar igual que la vez anterior y también nos prometió el trabajo para el día siguiente. Regresamos al otro día al sitio del aforo e instalamos el vertedor. Pero como el día anterior, al poco tiempo de instalado, verificamos que un volumen apreciable se filtraba por los extremos. Resultaba que habíamos compactado de más las gravas del fondo, por lo tanto el vertedor no se enterraba lo necesario, y como la sección tenía forma de trapecio invertido quedaban dos pequeños triángulos a los lados por donde se filtraba el agua.

-Necesitamos agregarle dos cuñas en los extremos. Dijo Alfredo.

Ya no regresamos a la carpintería. Por una parte, para evitar que el carpintero nos fuera a decir pendejos, y por otra parte, porque decidimos tapar los espacios libres con gravas del arroyo y una mezcla pobre de cemento y arena. Dejamos el vertedor instalado y cuando regresamos de Chignahuapan con el cemento y la arena encontramos que el agua había socavado las paredes del arroyo haciendo mas grandes los espacios de los extremos.

Regresamos a la carpintería, pero en el camino urdimos un subterfugio que nos permitió salir medianamente airosos ante el carpintero.

— Necesitamos dos cuñas para otro vertedor que instalamos en otro arroyo. Le dijimos. El carpintero nos volvió a mirar de manera extraña pero no nos dijo pendejos. Regresamos al sitio de la sección, ya picados en nuestro amor propio, con dos palas, un pico, clavos y unos metros de malla fina acerada. Seleccionamos un sitio aguas arriba de la sección y sólo porque el caudal era muy reducido logramos hacer un desvío que nos permitió trabajar en el sitio del vertedor y tapar los extremos con las cuñas, la malla de alambre y la mezcla pobre de cemento.

Al día siguiente antes de ir al sitio del vertedor fuimos a supervisar el aforo del pozo. El bombeo continuaba sin contratiempos y la ropa de Supermán continuaba impecable, cosa que dijimos que estaba raro, pero sólo por envidia, ya que la nuestra parecía más de albañiles oregadores de ejido que de ingenieros. Regresamos al sitio del vertedor, reabrimos el cauce y comprobamos con satisfacción que el vertedor trabajaba adecuadamente.

Programamos las mediciones del caudal en el vertedor para varias horas de ese día y del día siguiente, hicimos las primeras lecturas y regresamos al aforo del pozo. Allí revisamos caudales, tiempos de bombeo y niveles y decidimos suspender el bombeo y observar la forma de ascenso del agua dentro del pozo. Estuvimos midiendo hasta bien entrada la noche, hora a la que comprobamos que el pozo sería muy productivo y como en el caso del bombeo, que Supermán y sus dos ayudantes podrían continuar muy bien las mediciones hasta el otro día en la tarde. Como el aforo del pozo y del manantial habían salido bien, decidimos celebrar ambas cosas al otro día por la noche, para lo cual nos quedamos de ver en el hotel de Chignahuapan.

El siguiente día lo ocupamos en hacer varias lecturas en el vertedor a diferentes horas, al término de las cuales nos dimos cuenta que el promedio de las mismas

tenía una diferencia de 0.0001 litros por segundo con respecto a la estimación que hicieramos con un tronquito que flotaba como un barquito. Regresamos ya entrada la noche a Chignahuapan, nos bañamos y nos pusimos la mejor ropa que nos quedaba para no sentirnos mal con Supermán y sus dos ayudantes, de manera que cuando bajamos al recibidor del hotel para esperarlos, Alfredo y yo íbamos a todo lo que dábamos. Nos sentamos en el recibidor a hojear periódicos atrasados mientras llegaban y en eso empezó a llover.

— Será mejor que nos llevemos los cascos para no mojarnos. Dijo Alfredo. Subimos por los cascos.

Bajamos otra vez al recibidor a todo lo que dábamos, pero con cascos, y seguimos hojeando los mismos periódicos para aligerar el tiempo de espera.

-Sigue lloviendo y ya se ha de haber formado el lodazal, dije después de un rato.

-Será mejor que nos llevemos las botas.

Subimos por las botas y volvimos a bajar a todo lo que dábamos, pero ahora con cascos y con botas.

Volvimos a esperar un rato en el recibidor y cuando la lluvia amainó, decidimos caminar en el parque de enfrente con la intención de ver desde allí si llegaban Supermán y sus ayudantes. A poco rato desistimos de caminar por lo intenso del frío y entramos a una cantina que estaba a dos cuadras del hotel sobre la misma acera, aduciendo que si no nos encontraban en el hotel, de cualquier forma darían con nosotros pues el pueblo no estaba tan grande como para que nos perdiéramos.

Era a todas luces una cantina de mala muerte, típica de los pueblos aislados de la sierra. El piso de tierra estaba mas disparejo que el del sitio del aforo y las cinco o seis mesas de lámina estaban ocupadas, al igual que la barra, por tipos de catadura siniestra. Como pudimos hicimos un spacito en la barra y pedimos cada quien una "Victoria".

-Siempre no era tan fácil instalar un vertedor en un arroyo, no?. Dijo Alfredo mientras limpiaba el cuello de la botella con la mano.

-Es cierto. Pero ahora ya sabemos construir presa de arco a escala. Le conteste, haciendo alusión a los espacios que tapamos con cemento y malla de alambre. Y a continuación propuse un brindis por ello en medio de sonoras carcajadas de los dos.

-Nosotros vamos a soñar al vertedor por un tiempo y el pinche carpintero nos va a soñar por otro más. Dije, y luego. -¿Te fijaste en la cara de pendejo que ponía cada vez que le dábamos nuevas medidas?. Lo que provocó nuevas carcajadas. En esas estábamos, cuando al empinarme la cerveza me quedé estupefacto. Al otro lado de la barra estaba el carpintero que nos miraba con cara de pocos amigos.

-!Aguas Maestro!. Dije dando la espalda al artesano. -Allá atrás está el carpintero y a lomejor, digo, a lo peor, nos oyó. Hazte pendejo y como que nos vamos yendo.

Alfredo se hizo pendejo y con toda discreción se paró de puntitas para ver sobre mi hombro al carpintero, de lo cual se dio cuenta el aludido, tres sombrerudos que lo acompañaban, el mozo de la cantina y todos los parroquianos que la atiborraban.

!Uta Maestro! Este buey oyó todo el pitorreo. Balbuceó Alfredo palideciendo al tiempo que volteaba hacia la puerta en un acto reflejo. -¿Y ahora qué hacemos?

-Déjale al mesero veinte pesos en la barra y vámonos acercando a la puerta.

Alfredo se revolvió buscándolo el dinero en las bolsas y cuando por fin encontró el billete y lo iba a dejar en la barra junto a nuestras botellas vaciló.

-¿Y si se lo clavan estos macuarros?. Preguntó en un susurro.

Volteamos a ver a los macuarros que codo con codo libaban silenciosos a ambos lados de nosotros y en sus expresiones taciturnas y ladinas vimos la necesidad de cambiar el plan de pagar como en las películas.

-Porque si viene el mesero y no ve el dinero, va a creer que nos fuimos sin pagar; nos alcanzan y entonces va a estar mejor el desmadre. Volvió a decir Alfredo sin dejar de mirar hacia la puerta.

-¿Pero dónde estará este buey? Proferí con desesperación buscando al mesero entre las mesas, donde solo veía un mar de sombreros y atadas a las patas de las mesas las sogas de los animales que esperaban a sus dueños afuera.

-Mejor dame un billete de a cincuenta. Vas a ver si con un billete de estos no volteas. Tomé el azul y lo agité por encima de todas las cabezas para que lo viera el mesero en alguna de esas reviradas hacia esta parte de la barra. Pero el mesero no volteaba y cuando ya parecía yo rehilete de muestra, me di cuenta que todo el mundo, a excepción mía, estaban mirando a Supermán y sus ayudantes que avanzaban hacia la barra. Como traían los cascos puestos, Supermán semejava una torre de dos metros a la que miraban desde abajo todo el conglomerado de paisanos.

-El Supermán, Maestro. Dijo Alfredo dando brinquitos.

-¡Uta! Que a tiempo. Casi grité, al tiempo que me guardaba el billete de a cincuenta.

-¿Quihubo inges. ¿Pues dónde andaban? Preguntó Supermán al llegar a la barra.

-Pues aquí nomás. Le contesté recobrando el aliento. -Como no llegaban, salimos a tomarnos unas cervezas.

-Eso mismo pensó el dueño del hotel y fuimos a buscarlos a un bar que él mismo nos recomendó. Contestó Supermán, al tiempo que él y sus dos ayudantes hacían un hueco de cuatro metros en la barra, donde Alfredo y yo habíamos ocupado veinte centímetros.

Les explicamos como nos habían salvado de una guarniza segura señalando abiertamente al carpintero, quien ahora era el que hacía señas apremiantes al mesero con un billete.

Pues si quiere lo madreamos inge. Dijo Supermán mirando fijamente al carpintero como tomándole medidas.

-No, no. Dijimos Alfredo y yo. Mejor nos vamos a otro lado. Aunque la situación ya estaba controlada pues el artesano y sus amigos alcanzaban la puerta en ese momento.

-Además allá está mucho mejor. Dijo uno de los ayudantes mirando a su alrededor. Pagamos la cuenta, nos salimos sin dejar propina y nos dejamos llevar por Supermán y sus ayudantes al "Bar Carioca", situado también a dos cuadras de la Plaza del Pueblo, pero hacia el lado opuesto.

El lugar era en verdad diferente. El piso era de mosaico, las sillas estaban acolchonadas, el baño estaba en un reservado, la barra tenía en el fondo un gran espejo con dos faroles de luz roja en ambos extremos y sobre las paredes color pistache, había una gran cantidad de cuadros de artistas y fotografías con escenas clásicas del cine mexicano.

-¿Pues a dónde se van a meter inges?. Dijo Supermán recorriendo con la vista todo el bar para acentuar la comparación.

No, pues sí. Dijo Alfredo. Aquí está a todo dar.

Pedimos de cenar y una botella de Ron Potosí para celebrar el buen término de los trabajos -Se nos va a cruzar el ron con las cheves. Advirtió Alfredo en tono precautorio. -!Que bah inge! Intervino Supermán. Eso sólo se les cruza a los niños.

Cenamos como gerentes. Esto quiere decir que lo hicimos opíparamente y con abundantes tragos que amenizaron el intercambio de impresiones y anécdotas sobre el trabajo recién terminado y de otros anteriores.

La cena tuvo el efecto de atemperar los ánimos y diluir con la incipiente digestión los momentos de excitación pasados; un breve espacio de relajamiento invadió al grupo y se llegó al inevitable momento de tomar la proverbial, pero difícil decisión que se plantea en estos casos.

-¿Qué aquí la dejamos? Porque ya los veo medio guangos. ¿O pedimos la otra? Preguntó y afirmó retador y de un solo tiro Supermán.

No. ¿Pues pedimos la otra, no? decidió alguien por todo el grupo, aprovechando el empujón que la energía de Supermán nos brindaba para decidir. Pedimos la otra y el catarro se reanimó al conjuro sagrado de los nuevos brindis.

— Guapa la muchacha, ¿no?. Comentó Supermán, al mismo tiempo que alzaba el vaso para brindar y señalar en la pared de enfrente una fotografía de Eisa Aguirre en la que no había yo reparado a pesar de ser su primer admirador. - Guapísima. Le contesté. -En esa foto debe de andar en los dieciocho. ¿No cree? En ese tenor seguimos libando, hablando de artistas, de pozos y de aforos, según recorríamos las paredes del bar o recordando algún incidente del trabajo.

-Tw -wvmpn.l -wo" fo v. M1t\lil"il)í 14l m1to\Jrn \Jn 114!fwinw -wub" Qv IQ ov5unu li lJovlIQ,
-¿Cuánto quieres? .

—¿La de Sara García? Preguntó el mesero extrañado apuntando a la de junto.

—No guey. La de Eisa Aguirre.

-No. Pus solo el patrón y orita no está.

-Ni se va a dar cuenta mano, riposté impaciente, al tiempo que sacaba varios billetes en ademán convincente. -No. Pus no. Sólo el patrón. Terqueó el mesero y se alejó medroso.

-Ya no le diga nada. Terció Supermán. -Cuando nos vayamos yo la descuelgo y se la llevo.

Su proposición me pareció de lo más congruente. Si con las manos aflojaba un tubo de columna, pensé, descolgar una foto y llevársela, aun viéndolo el mesero, será un juego de niños.

Seguimos libando con la conversación empantanada en lo típico de la sexta cuba de la segunda botella: del trabajo, mujeres y mujeres, con lo que acabamos con la segunda

botella. Pedimos la tercera. Nos preparamos las primeras cubas de ésta y, cuando más entretenidos estábamos en la conversación, nos dimos cuenta de repente que el ron debía de haber tenido Kryptonita, porque Supermán traía un pedo atravesado. Toda su humanidad guardaba un precario equilibrio en el borde de la silla, la cual se ladeaba cada vez que intentaba sacar el dinero de la bolsa trasera del pantalón, pues insistía con voz pastosa y con palabras arrastradas en pagar la cuenta.

-No Antonio. Ahora pagamos nosotros y ya mañana nos arreglamos. Le dije previendo una catástrofe ante el peligroso bamboleo de su silla. Desafortunadamente mi previsión fue inútil, ya que mientras Alfredo y yo revisábamos las notas, la silla de Supermán resbaló de costado y se vino abajo arrastrando consigo vasos, ceniceros y botellas.

La confusión fue total.

Al mismo tiempo todos queríamos levantar a Supermán, pagar la cuenta, ayudar a recoger los vasos rotos y disculparnos, lo que originó un desmadre de regulares proporciones entre la mesa y la barra. Supermán se paró varias veces después de sentarlo con muchos trabajos, en tanto que Alfredo y yo pagamos la cuenta de la cena, los tragos y los vasos rotos.

Una vez restablecido el orden, nos hicimos la del estribo con los restos que quedaban en las botellas y mientras secábamos los cigarros, planeábamos la forma de llevarnos a Supennán que roncaba estrepitosamente.

-Lo subimos a la camioneta y se acabó el problema. Dijo Alfredo alzando los hombros.

-La camioneta está en el estacionamiento del hotel. Allí la dejamos antes de salir a buscarlos. Recordó uno de los ayudantes.

Todos nos miramos consternados y nos preparamos otra cuba.

-Lo mejor será despertarlo. Dijo el otro ayudante. -Porque así va a ser muy difícil cargarlo. Los demás pensamos igual que él y acordamos además llevarlo al hotel, de donde lo recogerían al otro día sus ayudantes, en el caso de que por lo avanzado de la noche ya no pudieran sacar la camioneta del estacionamiento e irse a su campamento del pozo. Así es que, como pudimos lo despertamos y en lugar de cargarlo, Alfredo y yo arrastramos a Supermán por el centro de Chignahuapan, haciéndola de Jaime Olsen y de Luisa Lane según nos turnáramos en el arrastre.

Tal como habíamos temido, el estacionamiento ya estaba cerrado con candado y tuvimos que subir a Supermán. También como era de esperarse, en las escaleras del hotel Supermán se nos cayó tres veces a Alfredo y a mí, ya que los ayudantes se metieron al estacionamiento por la puerta de atrás para dormirse en la camioneta. Como en cada caída parecía que la escalera se venía abajo, salieron al pasillo los huéspedes de esa noche, solo para escuchar las protestas de Supermán de que no se quería dormir con nosotros, lo que nos puso en una situación muy comprometida ante aquellos ejidatarios de pelo en pecho.

-Que el tiempo nos reivindique Maestro. Le dije a Alfredo. Y terminamos de arrastrar a Supermán hasta el cuarto.

Al otro día nos levantamos temprano, como a las once, y con una cruda espantosa que la flamígera espada de la deshonra hacía mas penosa. Dejamos a Supermán en el cuarto reponiéndose de los efectos del kripton, pagamos la cuenta del hotel y nos dispusimos para el regreso a México.

Nos encontramos en el estacionamiento con los ayudantes de Supermán, y uno de ellos, que de lejos se veía que, como nosotros, luchaba contra una cruda de órdago, me dio con un gesto de complicidad un bulto envuelto en papel periódico que de inmediato supuse era el cuadro de Eisa Aguirre.

-!Ah! Que a todo dar. Le dije. Y guardé el cuadro entre las libretas de campo y las tablas de aforo sin siquiera echarle una miradita, pues con la cruda todavía veía borroso. Nos despedimos y nos dirigimos a mi flamante volks azul de color café verdoso, y los ayudantes a despertar a Supermán, con lo cual nos liberaban a nosotros de la deshonra, misma que en unos minutos los ejidatarios en el hotel les arrojarían encima, al verlos entrar al cuarto del indefenso Supermán.

Emprendimos el regreso a México después de sacar un poco de lodo de mi flamante Volkswagen para poder entrar nosotros y cuando apenas habíamos avanzado unos cuantos kilómetros, divisamos a un lado de la carretera un típico cenador de la sierra.

-No nos caerían mal unos chilaquilitos o unos huevitos con chile para la cruda. Dijo Alfredo con un tono lastimero que me conmovió. Entramos al cenador ; los huevitos con chile nos aligeraron la cruda y nos causaron una gastritis que en esa mañana no sabíamos que íbamos a arrastrar varios años.

Reiniciamos el regreso con el lento ascenso de una larga vertiente, desde donde iban apareciendo según subíamos, los hermosos contornos de pequeños puertos bordeados de coníferas y los profundos valles intermontanos, hacia donde iban a juntarse en arroyos el agua de los numerosos lloraderos que cruzábamos en la Carretera. La imponente visión del paisaje y el tenue murmullo de la floresta, pronto dispusieron el ánimo a la reflexión, dejando poco a poco atrás en un olvido bienhechor los recuerdos de la noche anterior.

-Yo sería feliz si viviera en una casita como esa. Le dije a Alfredo mirando hacia una cabaña enclavada en el fondo de un angosto valle. Allí me dedicaría a soñar de día y a escribir de noche.

-¿Cómo ves Maestro?

Alfredo no me respondió. Dormía plácidamente. A poco, las reflexiones que me hacía sobre la lucha existencial de dedicarme a escribir o continuar con la carrera de ingeniero, comenzaron a diluirse sobre el fondo de una espesa cortina de niebla que descendía sobre el camino. Las gotas de lluvia que golpeaban contra el parabrisas del coche me acabaron de traer a la realidad y me concentré en la ruta.

En esta época y en estos lugares, me dije, siempre llueve en la Sierra de Puebla; situación geográfica de la que muy pronto dudé, pues nos cayó encima un pinche monzón del sureste de Asia que hacía dar bandazos al coche, e invadir por instantes

el carril contrario. Nos caían encima verdaderas cortinas de agua, cuando también nos cayó la velada maldición contra mi flamante Volkswagen pues el motorcito de los limpiadores se quemó.

-!Maestro! Le grité a Alfredo. Nos quedamos sin limpiadores.

Alfredo se despertó sobresaltado y como primera acción para ayudar en el inminente desastre encendió uno de sus imprescindibles Delicados con lo que la visión de la carretera se redujo a cero. Prendimos las luces, bajamos los vidrios de las ventanillas y con no pocos sustos y peripecias para limpiar y desempañar el parabrisas, logramos sortear con bien la zona del monzón, para entrar en otra en la que se hacían reparaciones a la carretera. En un tramo de varios kilómetros, el asfalto y las gravillas sueltas regadas sobre la carretera completaron el cuadro de la velada maldición sobre el flamante volks al dejar las cuatro salpicaderas totalmente cacarizas .

Dejé en Texcoco a Alfredo y llegué a mi casa sobre las seis de la tarde, donde como era de esperarse encontré una escena semejante a la del día en que salí para Chignahuapan. El niño.coche y su papá, enfundados en los mismos trajes de la NASA, detectaban en milésimas de decibeles ruidos extraños en el motor del coche.

En cuanto estacioné el volkswagen para abrir la reja de mi casa, ambos suspendieron por un momento su terapia y me lanzaron una mirada de severa desaprobación. Mi papá me recibió también con una actitud igual al ver el estado en que regresaba el coche, pero que cambió radicalmente, cuando al ayudarme a bajar los instrumentos de trabajo vio entre las tablas de aforo el retrato de Sara García.

-¿Para que traes ese retrato?. Me preguntó extrañado.

-Me lo clavé de una cantina. Solo que el gey del aforador que lo descolgó se equivocó, le contesté al darme cuenta del agandalle del Supermán. Era el de Eisa Aguirre a los dieciocho añ.os el que tenía que haber descolgado.

En la sonrisa de mi Papá encontré el recuerdo de sus mejores tiempos y me fui a dormir con un bello cansancio y la esperanza siempre viva de algún día poder escribir lo que he vivido.

ENTRE EL CAMPAMENTO Y EL RIO

Al voltear para pedir otra cerveza lo vi y supe entonces por qué desde que llegué a la palapa de la Mira, la brisa siempre tibia a esas horas de la tarde había ido cambiando hasta volverse fría, como si en el poco tiempo transcurrido desde que llegué allí a esperar a que pardeara, la palapa y La Mira hubieran sido empujadas hacia la sierra o el río se hubiera derramado en la planicie. Me di cuenta que antes de verlo agazapado en otro extremo lo había sentido, y que la mirada de su único ojo era lo suficientemente fuerte para horadarme la espalda y hacerme un hueco por donde penetraba ahora, fría, la callada advertencia de Lorenzo, la misma que en ese momento, con el peso de la certidumbre me secaba los labios y me producía ese dolor en el estómago.

Miré de reojo el volkswagen y me palpé disimuladamente las llaves en la bolsa del pantalón, con movimientos guiados más por el instinto que por cualquier otra cosa. De la misma manera di un trago a la cerveza, pero cuando bajé lenta, muy lentamente la botella, ya sabía con la aplastante certeza de lo inevitable, que tenía que huir del tuerto a como diera lugar y lo más pronto posible. No se cómo pude discurrir en el desliz de ese instante sobre la forma de evitar que el tuerto me matara, porque eso haría, no había duda; sabía a dónde iba y también que no podía postergarlo y la única forma de intentar-lo era huyendo, ahora, cuando encienda este cigarro, o cuando me pare y me eche a correr hacia el coche. No tenía que voltear, sabía que seguía allí, que no se había movido y hasta percibí en él una cierta rigidez que retardaba su acción y que alargaba mi vida. No fueron las tres camionetas que en ese preciso momento se desviaron de la carretera y se enfilaron a la palapa lo que lo había detenido, porque cuando corría hacia el coche atropellando peones y obreros, alcancé a ver de reojo que se paraba trabajosamente, como si aquellos segundos de sorpresa lo asieran a la silla; fue otra cosa por lo que titubeé y no me liquidó allí, pero eso ya no importaba, sino el convertir esos segundos de confusión en metros, en metros de penumbra y distancia, los que perdería al abrir el coche y echarlo a andar por la marcha que se arrastra desde hace días, por lo que brinqué la carretera, esquivando las palmeras y subí la loma que me ofrecía una oscuridad que no sabía si era aliada o enemiga, pero que en ese instante tuvo en la "o" electiva la única opción.

No sabía que tan cerca venía detrás de mí, ni si se había quedado en la palapa, o si corría por el camino a unas cuantas centenas de metros; sólo que yo seguía corriendo y evitando no se cómo los mangles y maquilines que apenas veía y que parecía horadar con el miedo; miedo mezclado con pánico, recriminaciones e instinto, los que abrían un túnel tortuoso por donde me escurría y en donde esperaba verlo entrar tras cada estertor de mi pecho, antes de caer y rodar con las botas enredadas en las matas de zarzales. La paulatina disminución del resuello se iba emparejando rítmicamente con la inevitable revisión del momento, de ese instante advenedizo de calma que desplaiaba a los de pánico y confusión, y que guiaron mi imprevista

huida por la loma, y luego hacia la ladera de ese arroyo por la que caí entre mentadas, golpes, rasgaduras y lamentos.

No intenté levantarme, ni siquiera moverme. Inmóvil, juntaba energía y percepciones en lapsos que pudieron haber sido segundos o minutos. Después de otro tiempo incierto vi, desde mi horizonte inclinado y paralelo al suelo, una extensa red de claroscuros que tapizaba la planicie del río y escuché el ronroneo del agua en sus dos amplias curvas. Me sorprendí entonces, al percatarme de la cercanía del río, que pudiera haber corrido tanto, ya que podía ver la cola del arroyo grande que se unía al río antes de sus curvas. Estaba en la parte alta de las lomas, donde nacen los arroyos, unos cincuenta metros por encima del camino al campamento.

El saber dónde estaba y no escuchar el tronido característico de las hojas de palmera seca cuando se pisan, aunque las pisara el tuerto, conocedor de todos los ruidos y silencios de la planicie, y que debiera hacer si me siguiera de cerca, me tranquilizaron lo suficiente para escoger entre las opciones de huida-ocultamiento-salvación, que desde mi baja atalaya vislumbraba. Me lo habían advertido Fidel y Judith, y la callada reprobatoria de Lorenzo con ese mirar siniestro con que sabía decirlo todo sin hablar. Y ahora que imagino a Olimpia esperándome en el campamento de Guacamayas con sus maletas, su esperanza y su decisión, recuerdo que también ella me previno. ¿No tienes miedo? me preguntó en Uruapan, donde coincidimos y nos quedamos la primera vez. Ya sabes cómo se las gastan allí.

Sólo tenía una oportunidad, ir bordeando la parte alta de la loma y atravesar los arroyos chicos hasta quedar enfrente del recodo, porque bajar a la planicie y tratar de engañar al tuerto escondiéndome entre las palmeras sería tomarlo por pendejo; había nacido allí, conocía cuando nacía cada sombra y cómo se movían conforme la noche avanzaba. Pero también era gordo, casi obeso y unos quince años más muo; 4u; yo, por lo 4u1; l aLniv 11; 0 1; l fli\il.J\lo wffl1;noo, pucoo llcgM ill Gillitpiimento y esconderme allí o en algunas de las planillas de perforación hasta mañana, cuando lleguen las brigadas.

Nosotros no somos de aquí, los tres somos ingenieros y tú no le perteneces a él, como los de aquí pregonan que les pertenecen las hembras, le contesté irritado por la comparación y por la terrible pasión con la que me encadené a ella. Lo más cabrón va a ser cruzar el recodo aunque esté angosto, los cantos del río están lisos y hay entre ellos grandes huecos que tapa el agua, así que eso de cruzar corriendo está todavía más cabrón. Además tú nunca le perteneciste. No. Y eso es lo malo. Está aquí desde que se inició la construcción de la Presa y lleva ya adentro lo mismo que llevan los de aquí, y por eso desde hace tiempo piensa y actúa como si fuera uno de ellos.

Todavía inmóvil, la inacción del tuerto empezó a corroer mis alternativas de escape, sabía que si él se decidiera, le sería fácil cazarme, ¿qué lo detenía entonces? Si, si le creía. Si yo, que apenas tenía allí ocho meses midiendo el mineral de

fierro en cada perforación, supe que la soledad y el embrujo endémico fueron la amalgama ideal de nuestra relación y que desde que la vi en la fiesta a la que fuimos todos, delgada como yo y sola como yo, sentí que me pertenecía, aunque no se lo dije nunca, pero que estoy seguro que además de saberlo, conocía también del rencor que ella apagaba con aquellos incendios nocturnos que iniciamos la noche que nos quedamos en Uruapan.

Lo mejor entonces era seguir alejándome, pero sin perder de vista el camino ni la planicie. Sentía las piernas pesadas y estuve sentado hasta que las sentí ligeras para moverme otra vez. Lo hice primero lentamente, y como un simio, con las piernas medio dobladas, tocando el suelo con las manos y volteando para atrás cada vez que un trecho de loma que definía liso y sin chaparrales de zarza lo pennitía.

Así que si cambió, y acicateado por el despecho que dijo Olimpia que era peor que el abandono le encargó al tuerto eliminarlo. Los brazos del Balsas y las noches de la desembocadura también le habían atravesado la piel. Olimpia tenía allí menos tiempo que él y más que yo. Era la primera ingeniera que entre ingenieros supervisaba una obra; con esto había roto atavismos e invadido dominios reservados a los hombres, pero trabajar en un lugar tan inhóspito sin más distinciones que las obligadas, la rodearon de un halo de rumores y decires que con el tiempo crecieron y se enredaron. Cuando llegó era muy delgada, por lo que los pantalones y camisolas le colgaban y alejaban las miradas de la libidine siempre encendida de los hombres, por lo que su figura se hizo familiar y con el tiempo inadvertida. Aguantó los primeros meses en su rincón del campamento, cuando al oscurecer no tenía más compañía que el quinqué y los escasos recuerdos sobresalientes de sus veinticuatro años. En esas tardes y noches, la soledad y la nostalgia le alargaban las horas y pasaba las noches afiebrada, esperando la mañana y la partida a la Presa en donde el trabajo la revivía. Pero allí no se podía seguir así; el sol, el trabajo y la brisa del mar le modelaron poco a poco las formas, y en las noches, el embrujo endémico de la desembocadura y su cómplice la luna, la ungió perversamente de una sensualidad peculiar.

Nunca perdí el rumbo del Cerro de Santa Clara, porque si no llegaba hasta el campamento, allá había planillas de barrenos que conocía muy bien para esconderme, pero cuando llegué al otro arroyo, me asaltó la sospecha de que el tuerto estaría pensando igual y que me estaría esperando. No en balde decían todos que era más ladino que gordo y que en venadear los encargos nunca fallaba.

Por eso huía yo, sin más sobresaltos que encontrarme de pronto en un claro, o quedarme tieso cuando el viento cruzaba las sombras entre sí. Esta horrenda sospecha me sumió otra vez en la confusión, el campamento se me hizo de pronto muy lejos, si seguía a Santa Clara me iba a entregar al tuerto sin remedio, y si regresaba, él se daría cuenta y me alcanzaría por el camino. En estas condiciones y en estrecha simbiosis a las leyes de la Costa Chica, él era el brazo de la ley y podía usar los caminos sin esconderse, yo era el prófugo, el proscrito, y mis terrenos eran las lomas, los arroyos y las breñas. Así

me dijo Lorenzo, que allí eran las cosas desde siempre, el día que me avisó que su hermano estaba enfermo y se iba unos días para la Costa Grande.

Olimpia no le pertenecía, pero él había creado derechos de antigüedad como si fuera una cosa, y de cotidianidad en el trabajo, los que bajo el ámbito del deseo y tal vez del amor había transmutado en derechos de propiedad. Yo era pues un advenedizo que de Ja noche a Ja mañana había anulado un perseverante cortejo o un inútil acoso según ella, pero que en cualquier caso había que eliminar. Ahora que de la noche a la mañana no había sido. Allí donde de cada quien se sabía todo y más de los fuereños, los hilos invisibles de esos saberes se extendían entre campamentos, pueblos y rancherías, llevando y trayendo cada vez más matizadas, las diarias biografías con las que se alimentaban el morbo y el vacío de las gentes de la desembocadura. Por eso sabía de ella algunas cosas sin haberla visto nunca cuando ya llevaba allí unos cuatro meses.

Del murmullo anónimo había concebido una imagen contrastante que iba de una mujer guapa, alta, fuerte y dura de carácter, a la de otra endeble, y sin chiste que lloraba por las noches. De algunos peones oí que nunca iba al correo ni usaba el radio del campamento, por lo que era seguro y lógico, que nadie la esperara de donde vino, pues no tenía nada en especial, aparte de estar loca o de ser puta, pues solo a ella se le había ocurrido ir a trabajar allí entre puros hombres y en casa de la chingada. Ella también sabía de mí por el continuo vaivén del mismo runrún, apenas lo más notorio; que todos los días encargaba que llevaran al correo Ja carta que en la noche anterior me ocupara varias horas, pero que nunca recibía ninguna, por lo que, según se comentara o se inventara, o era yo el eterno pendejo que creía que los amores se mantenían vivos con cartas, o eran éstas un artificio para las largas soledades nocturnas, o una especie de conjuro contra los muníficos atractivos de la morena que vivía frente a la casa donde pernoctábamos en Melchor Ocampo, porque le tenía mucho miedo. En fin, nada sobre los diarios hábitos que reflejan mas a fondo la personalidad. Tal vez fue por eso que cuando la vi en la fiesta, se cayeron los velos de todos los rumores, y como no esperaba nada en especial, ni ella tampoco, cuando la invité a bailar me aceptó como yo a ella, en la forma simple y natural con la que un rencor llena una soledad.

Para bordear el claro tenía que bajar casi a la planicie, porque si subía, perdería entre la maleza el rumbo del recodo; si bajaba allí, el tuerto me clarearía entre los callejones que formaban las larguísimas hileras de palmeras, por lo que salvé el claro sin subir y sin bajar, arrastrándome entre la maleza, hasta que me vi rodeado de una tupida fronda de mangles que anunciaba la proximidad del río. Abajo, en las riberas de los meandros, las palmeras se amontonaban en los recodos haciendo círculos extensos y oscuros; mas allá de estos, la luna iluminaba las arenas y las gravas del cauce, por lo que todo lo que saliera de los meandros, sería visto irremisiblemente por el tuerto, tanto si me seguía por arriba o por la planicie. Con todo, el cruce tenía sus ventajas, si me atacaba, me enfrentaría a una angustia verdadera y acabaría de una vez con las silenciosas sombras de Ja incertidumbre. Si no, era que me estaba

esperando en las primeras planillas de perforación. Sabía que los dos casos eran el final que sólo separaba un tiempo, unos pocos segundos en llegar a la mitad del cauce, o muchos, muchos minutos en alcanzar las planillas de este lado del cerro. Pequeño o grande, pero el que me separaba de la muerte. ¿porque trataba entonces de alcanzar con celeridad el punto del final total? Porque los del final a medias son e irán siendo siempre peores, me dije, en tanto salía corriendo del círculo oscuro y sin saber cómo salvaba las rocas y los huecos del cauce, para llegar entero a los manchones oscuros de la margen opuesta del río y a la certeza de que el tuerto no me seguía, sino que me esperaba allá arriba. Y de pronto me di cuenta, que por primera vez desde que salí corriendo de la palapa estaba en ventaja frente al tuerto porque *sabía* adonde estaba él. También, de pronto no supe en qué podía consistir esa ventaja *ni* intenté esclarecerlo en ese momento, porque sin quererlo, la asocié con el rencor, sí, con el **rencor** que agazapado como yo en las sombras, se ocultaba en los pliegues del diario desencanto de las cartas no contestadas, en el filo de la indiferencia que sólo puede sustentar la ventaja de saberse amada a lo pendejo y de la correspondencia amorosa inequitativa que se incuba y crece siempre de un solo lado. De ese rencor que llenó mi soledad y que usé en principio para justificar mi relación con Olimpia y con el que después lavé la lascivia que me hizo arrojar por la ventana, a la noche que ya nos esperaba, como si fueran una camisa o unas botas, el rencor, el despecho y los celos.

En pocos días me sentí en ventaja, poco importaba si contestaba o no, las cartas que ya no enviaba porque ya no perdía las noches en escibir. La ventaja en saber en dónde estaba él y que me esperaba, eran los perros. Si tuviera el martillo, golpearía las rocas y me reconocerían de inmediato; aun a esa distancia, en el silencio de la noche, el contacto acerado del martillo con el granito, haría la señal que aprendieron a reconocer y a la que se acostumbraron desde que llegué a explorar las rocas con fierro. Pero no tenía el martillo y la ventaja sobre el tuerto se desvaneció tan rápido como la concebí, y con ello, la esperanza de que los perros llegaran antes que el tuerto. A unos doscientos metros calculé que encontraría la primera planilla y al tuerto. Cuando percibiera el penetrante olor del diesel, preví, me tendería de frente a los tambos y en esa posición otearía la segura presencia del tuerto en el remoto caso que no me sintiera llegar. Allí encontrarán al otro día mi cuerpo y de allí le llevarán a Olimpia una nueva soledad. ¿A dónde nos iremos?, me preguntó, y yo le contesté que a cualquier parte; que sólo me esperara aunque fuera muy tarde. No lo era, su reloj, ese que había aprendido a conocer mejor que el mecánico, y que con toda seguridad observaba igual que yo, estaba apenas a la mitad entre el horizonte y la parte alta en que se haría pequeña, por lo que seguramente todavía me estaría esperando afuera del campamento. A pesar de moverme despacio, resollaba de manera agitada como si corriera, el sudor empapaba mi camisola y arrastraba pesadamente las botas por el esfuerzo y la tensión de llegar al respaldo de los tambos apilados que ya no veía, y para más malas, me sentía caer, como si caminara hacia abajo, como así lo estaba haciendo, a gatas rumbo al socavón que quedó tapado a medias cuando las primeras exploraciones, y que solo conocíamos dos o tres geólogos y Lorenzo porque me acompañó una vez a medir las fracturas del techo.

Aquí, me dijo Olimpia una tarde, la brisa retuerce las vidas, por eso hay tantos que siguen la que no querían sin lamentarse y otros gozan las que nunca buscaron. Cuando llegaste tan atado a ella, continuó Olimpia esa vez, nunca imaginaste que lo nuestro terminaría con eso como si nada. Pudo haber pasado en cualquier parte le contesté, porque el rencor, -ésto solo lo pensé-, me hubiera empujado a muchas cosas sin importar el lugar. No sólo fue por eso, me refutó al leerme el pensamiento. Los influjos de la desembocadura también torcieron mi vida y se enredaron en la tuya con las hebras retorcidas de nuestras desesperanzas. Ya ves, yo quería irme de aquí, solo que algo desconocido, pero más fuerte que mi deseo de alejarme, postergaba cada tarde mi renuncia del otro día. Y no supe qué fue, porque nunca pensé en esto y además no lo hubiera creído, porque nada de ti me atraía de lo que se decía, ni cuando te vi en la fiesta, hasta que me tomaste de la mano para bailar y supe entonces que era verdad lo de las torceduras de las vidas a la hora en que la luz **de** la luna se mezcla con las sombras y el murmullo del río.

Pudiera ser que sí, porque yo iba directo al socavón en lugar de a la planilla sin haberlo planeado, y por eso no me extrañó ver, cuando ya debía de haber tenido mucho tiempo escondido tras las piedras del fondo, que la sombra que se acerca lo hace sin titubeos, porque conoce donde están las bajadas y los montones de escombros sacados del fondo, y que al llegar a la entrada, toma la forma y la voz de Lorenzo y me llama y no me lo dice, pero lo sé, que el tuerto no me seguirá ya nunca, y que al echar andar me señala el camino más corto para la Mira y Olimpia, cuando la luna se ha hecho tan pequeña, que me echo a correr para que su luz no me vuelva a alcanzar, cuando menos por esa noche, mezclada entre las sombras y el murmullo fatigado del Balsas en su diario encuentro con el mar.

LA PRUEBA DE BOMBEO

Cuando Amado y yo estábamos iniciando como a las once y media las disposiciones para la prueba de bombeo en el pozo de agua de la casa de superlujo, no imaginábamos lo que nos iba a suceder más tarde. Sí sabíamos que íbamos a pasar allí toda la noche aun cuando la prueba durara poco tiempo, pues así había sido el acuerdo con el encargado del pozo. Cuando le explicamos en qué consistía la prueba y supo que ésta podría durar entre cuatro y seis horas, nos dijo que si terminábamos antes, entonces tendríamos que esperar hasta las siete de la mañana en el cobertizo del fondo, ya que de ninguna manera podríamos salir en horas de la madrugada de la casa.

Como necesitábamos hacer la prueba en ese pozo, Amado y yo no opusimos ninguna objeción ni hicimos preguntas al respecto. Por la mañana cuando solicitamos permiso para entrar a medir el nivel del agua en el pozo, establecimos como ocurría con frecuencia y sin mencionarlo, un trato de confidencialidad con los encargados o usuarios de los pozos. Este, hosco y reservado, no nos hizo ninguna pregunta sobre el motivo de la medición en el pozo ni sobre nuestra procedencia. En justa reciprocidad, no le preguntamos sobre las horas que la bomba del pozo operaba diariamente, conocedores por experiencia de que en cualquier forma falsearía los datos. Además, estábamos acostumbrados a hacer esas pruebas a cualquier hora, por lo que empezar a las doce y pasar parte de la noche a la intemperie no presentaba ningún problema dado el envidiable clima de Cuernavaca.

Dos aspectos notorios del lugar llamaban nuestra atención. Aunque habíamos conocido propiedades muy grandes en las colinas de Cuernavaca, ésta sobrepasaba con mucho en extensión a todas. El otro aspecto relevante, era el esmerado cuidado de los jardines y andadores que separaban bloques de construcciones tipo cabañas estilo California.

En relación con el tamaño de la finca, el pozo podría decirse que quedaba cercano a uno de estos bloques de tres cabañas; sin embargo, por la gran cantidad de bugambileas, framboyanes y una extensa variedad de matas desconocidas dispuestas en andadores a desniveles, la distancia entre el pozo y el bloque de cabañas más cercano parecía mayor.

En tanto Amado y yo especulábamos si estábamos en una casa de retiro para ancianos riquísimos, en un superseminario del opus dei o en un burdelazo de prosapia, ordenábamos los aparejos de medición como la libreta de campo, la sonda, el termo del café y la inseparable mochila donde podía encontrarse desde el papel para medir el potencial hidrógeno del agua hasta condones.

Otra cosa que desconocíamos en ese momento y sobre la que también especulábamos, era la causa de un silencio que podría decirse total si no fuera por el característico canto de las chicharras y los grillos. Bajo el influjo de esa quietud, me acerqué a Amado

para decirle muy quedo que en cuanto accionaran el motor de la bomba saldríamos de dudas acerca del lugar donde estábamos, ya que seguramente por el zumbido del motor, por todo el ventanerío de enfrente se iban a asomar ancianos, seminaristas o putas. Pero las cosas no fueron así, porque cuando a las doce de la noche, tal como habíamos quedado con el encargado, éste encendió el motor desde algún lugar de la casa, nadie se asomó por las ventanas y todo continuó igual, excepto por nosotros que nos sentimos más solos, como se sienten los protagonistas de un trabajo importante a los que nadie pela.

Un poco después de haber tomado las primeras lecturas en el pozo, empezamos a tratar de conocer mejor nuestro entorno y en ese momento nos dimos cuenta de algo casi inusual en Cuernavaca: no había luna. Con las luminarias del jardín se podían identificar, pero a medias, otros rasgos de la supercasa. Los bloques de cabañas eran más de los cuatro que contamos a través de los tortuosos andadores por los que nos condujo el encargado en la mañana; los espacios de jardines entre ellos eran más extensos y el sitio más oscuro era el del pozo, el cual creímos situar en una de las esquinas del predio, de tal modo que continuamos la prueba con una cierta incertidumbre sobre nuestra posición dentro del terreno de la casa. Habían pasado dos horas y media desde que iniciamos la prueba cuando sucedió lo que nunca hubiéramos imaginado. En una ventana de las cabañas se encendió una luz, lo que en la casi total oscuridad resaltó como un grito en medio del silencio. Las cortinas se corrieron y apareció la inconfundible silueta de una mujer.

De la sorpresa pasamos directamente a la confusión, pues como comentaríamos más tarde, Amado y yo creímos que nos hacía señas para que nos fuéramos. En tanto aumentaba nuestra confusión, la silueta en cambio iba cobrando nitidez; los planos de imágenes de la noche en el jardín y los inmersos en la luz de una amplia estancia, separaban entre sí una puerta de vidrio corrida a la mitad, una mujer desnuda y en el fondo tapices de colores chillantes colgados sobre una pared blanca. El primer ajuste visual situó erróneamente el último plano muy cerca, porque en voz baja intercambiamos comentarios temerosos sobre la posibilidad de haber sido confundidos con ladrones o de plano con mirones libidinosos. Pero a poco, el cada vez más claro enfoque de la escena inesperada trajo consigo otras percepciones más precisas; entre la estancia y nosotros mediaban unos sesenta metros, por lo que era poco probable que escuchara el zumbido del motor y por supuesto no nos oía. Tampoco podía vernos porque estábamos en la parte más oscura del jardín y tras varias hileras de árboles y arbustos. Con todo, una extraña sensación de ser observados como si estuviéramos en el centro de un escenario iluminado nos hizo recular tras el motor de la bomba. Desde allí jalamos la mochila donde podía encontrarse todo y sacamos los binoculares.

Desde la más completa oscuridad, su uso nos proporcionó una ventaja alevosa que mejoró nuestra situación. Por el artefacto telescópico vimos que no nos ahuyentaba como habíamos temido, sino que hacía gimnasia o algún tipo de ejercicios respiratorios, que sólo estaba desnuda del torso, que su mirada estaba, o así parecía, fija hacia el fondo del jardín y que por lo tanto no nos miraba a nosotros, que podíamos apostar

que era gringa y que por segunda ocasión en la noche habíamos pasado desapercibidos. Con la seguridad de tener a nuestro favor la obscuridad y nuestra inexistencia, nos sentamos en el brocal del pozo de frente a la cabaña y gozamos del espectáculo, hasta que nuestros comentarios comenzaron a tomar un cariz de frustración, originado, según se quiera ver, por una amplia sensibilidad enfocada al refinamiento o bien a la perversión. Empezamos por coincidir, en tanto el catalejo iba y venía entre los dos, que así de golpe como que no tenía chiste y que un desabhillé lento, con menos luz e incluso a medias hubiera sido mejor. Para acabar con el cuadro, no atisbábamos tras los pliegues de una cortina y con la típica sensación cachonda, sino sentados frente a ella como ingenuos observadores de pájaros o estrellas.

El monótono, rítmico y frío accionar de la mujer pese a su belleza, aumentaron el hostigamiento a tal grado, que el catalejo iba siendo cada vez menos utilizado y en cambio abundábamos en reproches como que así eran la mayoría de las gringas y las sajonas, que si hubiera sido latina la cosa sería diferente y que de plano sería mejor que se metiera y apagara la luz. En esas estábamos, cuando la mujer dejó de hacer ejercicio y salió hasta la mitad de la terraza de la estancia donde se detuvo. Por los prismáticos nos apercibimos que continuaba con la misma sonrisa, que ya para entonces no calificábamos de fría sino de idiota, apreciación que se acentuó, cuando al agacharse nos pareció que recogía algo del piso, pero que no encontraba, o debía seleccionar porque en ello se tardó demasiado. Cuando tuvo lo que buscaba, piedras supusimos, las aventó a la terraza de abajo, esperando un poco después de cada piedra que aventaba, por lo que intuimos que tal vez esperaba una respuesta a un supuesto llamado en clave. La aparición de una mujer o de un hombre escalando los pilares como un toque salvador a la simple función de la güera no se dio, y solo nos pareció percibir un ligero cambio en su sonrisa como si aceptara o confirmara algo esperado. Cuando arrojó la última piedra, dio la vuelta y así como había aparecido se fue. Al quedar oscura, la estancia devolvió al jardín su penumbra y a nosotros otra vez la soledad.

Unas dos horas después se paró el motor de la bomba e iniciamos otra serie de mediciones que nos llevó poco tiempo. Al terminar, recogimos nuestros artefactos de medición y nos dirigimos al cobertizo, al que llegamos a través de un laberinto de andadores gracias a que ya estaba amaneciendo pues a oscuras hubiera sido imposible. A las siete, como lo había dicho, llegó el encargado al cobertizo con la misma expresión de cansancio y fastidio del día anterior; no aceptó de nuestro café y cigarros y con mal disimulada impaciencia nos condujo a la salida. Ya para cerrar la puerta que daba a la calle, miró inexpressivamente el gran largavistas que más bien parecía bazuca recortada colgada del brazo de Amado y cerró la puerta antes de que pudiéramos preguntarle sobre los moradores de la casa.

Más o menos una semana después de esa prueba, estábamos comiendo Amado y yo en la terraza de "La Universal", cuando volvimos a ver a la gimnasta nocturna. La acompañaba una matrona de tipo también extranjero, pero más que acompañarla la guiaba entre la gente sosteniéndola de un brazo. Por el caminar vacilante de la güera

y la manera en que levantaba el brazo a guisa de escudo nos percatamos en pocos segundos que era ciega. Amado y yo nos miramos en silencio, y mientras la guía, una señora entrada en años la ayudaba a sentarse a unas cuantas mesas de nosotros, recorrimos en el carrusel de la muy cercana memoria las imágenes de aquella noche. Como efecto inmediato dejamos de comer y nos quedamos callados, porque un sentimiento, en principio indefinible nos ensimismó. Poco a poco, los matices de ese sentimiento fueron cobrando concepciones de caracteres éticos que nos hicieron sentirnos culpables de cobardía, estulticia y vacuidad, entre otros no menos lastimosos, por lo que para diluir un poco el cariz de gandallas pedimos unas cubas. Estas tuvieron la propiedad de amortiguar el primer golpe moral y en poco tiempo ya estábamos dictando nuestra apología. Esta tenía como base, el que no habíamos buscado deliberadamente espiarla, que no nos dimos cuenta de que era invidente, en que no hicimos comentarios mórbidos sobre sus espléndidos senos y hasta llegamos a definir el asunto como accidente de trabajo. Sin embargo, revoloteaban en el fondo los estigmas de que bien pudimos haber mirado menos, del uso del catalejo con todas las ventajas y eso sí, ni modo, de haberla tratado de pendeja.

En este punto de nuestro autoenjuiciamiento ya empezaba a pardear la tarde y cuando dijimos que ya teníamos que irnos ambos pensamos que en realidad lo que queríamos era apartarla de nuestra vista, ya que como era viernes, era muy temprano para llegar al departamento que habíamos habilitado como casa y oficina a la vez.

Cuando llegamos al departamento, no habían llegado aún ni el inge Frías ni Gustavo, que eran compañeros de trabajo, por lo que con el pretexto de hacer menos corta su espera, iniciamos la bohemia de los viernes con unas generosas cubas de Ron Batey. A éstas siguieron otras que mitigaban o acentuaban nuestro sentimiento de culpa, según se enfocaba el asunto de la gimnasta nocturna. En las intrincadas y reiteradas vueltas de esa plática bizantina, lo único que concluimos fue que por la Hora, el inge Frías ya debía de estar en la Huerta, por lo que sin más preámbulos nos fuimos para allá a buscar al único oidor disponible de nuestras cuitas.

El inge Frías no estaba en La Huerta. Platicarles el asunto a las putas para desahogarnos y recibir su absolución nos pareció bastante arriesgado por la forma práctica y sin vueltas como piensan, por lo que nos sentamos solos a tomar cervezas. Llevábamos poco tiempo oyendo la música y viendo bailar, cuando la voz de Bienvenido Granda esparcida desde la rocola nos otorgó el perdón.

"Luna, tú que la conoces..."

Si hubiera habido luna, dijo Amado, no hubiera pasado nada. Nos hubiéramos hecho pendejos como que medíamos más veces el pozo. Sí es cierto. Le contesté. Pinche luna. Y nos paramos a bailar, cada quien por su lado.

REAL DE CATORCE

"La Finca", de Sergio Baconier, era uno de los sitios más frecuentados por los ingenieros y técnicos que hacíamos los trabajos de campo de los estudios geohidrológicos en los tres valles más grandes del territorio del Estado de San Luis Potosí. En ese lugar habíamos pasado noches memorables charlando, libando y contemplando a las mujeres más hermosas de San Luis con el fondo de su estupendo conjunto de músicos. Melodías de ese tiempo como "Déjalo Ser", "La Sombra de tu Sonrisa" y "Una Pálida Sombra", entre otras menos recordadas; fueron sutiles catalizadores de la fecunda narrativa de las vivencias del trabajo, de recuerdos, de los nuevos ensueños nacidos en San Luis, de proyectos, y también, justo es decirlo, detonantes del espíritu que terminaban en pedos de pronóstico reservado.

William, Sergio, Poncho, Chalío y yo, formábamos un grupo de jóvenes y maduritos que gustábamos de solazarnos en "La Finca" los sábados, que era el día que el trabajo más lo permitía y en ocasiones muy eventuales los viernes. En todas esas ocasiones, ya fuéramos a ver qué ligábamos o con el ánimo dispuesto sólo a conversar y escuchar música, o en fin, como refuerzo para los incontables ligues de Sergio, siempre guardamos actitudes bastante discretas, y nuestra presencia nunca había dado pie a ningún señalamiento conspicuo, hasta el día que llegó Juan Manuel con la comisión de revisar un aspecto geológico del área de Real de Catorce.

Ese día, más bien la noche de ese día, improvisamos una francachela de alcances tan marcados, que nuestras figuras, hasta antes de esa noche apreciadas por reservadas y discretas, se desdibujaron en tal forma, que no nos prohibieron la entrada en el futuro, gracias a la mediación e influencia ante Sergio Baconier, de la gran corte de damiselas de San Luis que seguían con fanatismo a otro Sergio, nuestro compañero de trabajo.

El desdoblamiento de nuestras personalidades se empezó a fraguar cuando Juan Manuel, una vez enterado de los pormenores del trabajo, hiciera la pregunta que inevitablemente hacen los que llegan a los que ya tienen cierto tiempo en algún lugar como residentes de estudios geológicos o hidrogeológicos, y que se refiere al ambiente que se vive fuera del quehacer ingenieril. De hecho, Juan Manuel ya conocía algo acerca del aire potosino por anteriores visitas que había hecho con su tío Heinz, pero éstas, decía, además de haber sido cortas, habían sido de poca acción para él, pues su tío, en todas esas ocasiones, acaparó toda la atención; desde los gerentes de Recursos Hidráulicos, hasta la de las elevadoristas del Hotel Panorama, que cuando menos en esos años eran unos cuerosos de antología. Así que, más que enterarse, quería actualizarse y aprovechar que ahora no iba con su tío para ver si le tocaba una rolita.

La actualización del ambiente le fue hecha con entusiastas descripciones del ámbito de cafés, clubes, cantinas, y otros sitios de baja catadura conocidos entre noso-

tros como "antros de baja prosapia" y que no eran otra cosa que burdeles disfrazados de cantinas.

Destacó de entre todas las reseñas de los círculos de fresas, intelectuales, bohemios y de mezclas sui géneris Ja de "La Finca". El trazo de su ambiente tuvo tales tintes de exaltación, que Juan Manuel se interesó vivamente en conocerla, deseo que William y Poncho, con el impulso y dinamismo de Ja juventud aprovecharon al vuelo para proponer una visita de pis.y corre para esa misma noche. Si bien era cierto que en las tres semanas anteriores al arribo de Juan Manuel las pruebas de bombo nos habían tomado días y aun noches enteras, y que tanto el cuerpo como el espíritu reclamaban con cierta urgencia un espacio de relajamiento, me opuse, más que temeroso, conocedor de lo que pasaba cada vez que Juan Manuel y yo nos juntábamos en un bar. Apuntalé mi posición al argumentar que la comisión del día siguiente tenía dos facetas muy importantes. Conocer si una de las rocas más abundantes de la región tenía posibilidades de producir agua subterránea y la de llevar por primera vez al campo a un geólogo que no sabía por-qué causas había estado impedido de hacerlo por mucho tiempo. Como la comisión nos había sido encargada de manera muy especial, una cruda colectiva con el consecuente descontrol de las dos facetas no era nada recomendable, por Jo que propuse posponer la visita para el siguiente día que era viernes o para el sábado. Sin embargo, a pesar de mis razones hasta entonces expuestas, campeaba la visión atropellada y juvenil de una rápida incursión sin mayores consecuencias.

Ante el embate de Ja opinión de las mayorías, excepto la de Chalío, que como yo era de espíritu tímido, sosegado y reposado, les relaté, con el fin de disuadirlos, lo que nos ocurrió a Juan Manuel y a mí el día que cayó un rayo a menos de cien metros del afloramiento de conglomerados en que hacíamos observaciones bajo Ja lluvia. Almas sensibles los dos, al llegar al Hotel San Diego en Guanajuato, acordamos tomar sólo un aperitivo para el susto, y después de comer, trabajar sobre las cartas geológicas. El aperitivo, les dije en tono admonitorio, no solamente nos curó el susto sino que lo relegó a la historia. A resguardo de las fuerzas de la naturaleza y envueltos en la suave atmósfera del piano bar, en el goce y palique de Jos siguientes veinte aperitivos no apareció ni por casualidad el recuerdo del fogonazo que dobló en dos el poste que casi nos cae encima.

-¿Y entonces porqué se tomaron veinte aperitivos? Interrumpió Chalío.

Porque les dedicamos veinte veces "Dejé Mi Corazón en San Francisco" a dos gringas maduritas que a unas cuantas mesas nos siguieron muy bien el juego al aceptar los martinis que les enviábamos con el mesero. Según nosotros, que nunca supimos por qué "Dejé Mi Corazón en San Francisco" y no el tema de lo que "El Viento se Llevó" o "Marcha Sobre el Río Kuait", cada aperitivo que les invitábamos y que ellas agradecían con sonrisas y ademanes que nos producían más calor que el del fogonazo del rayo, la consumación del ligue era cosa inminente, si no hubiera sido porque en el aperitivo veintiuno llegaron sus respectivos maridos, que a juzgar por la cara de pendejos que traían, regresaban de alguna de esas excursiones a lugares históricos o de arquitectura resaltante de las que no entienden nada pero que son tan

afectos. Sin embargo no todo se perdió, porque sus maridos también nos saludaron efusivamente sin que ello nos hubiera causado ningún calor y le agradecieron por nuestro conducto a Mariano Hernández, el gerente de la empresa Hidrotec donde trabajábamos, los veinte aperitivos que a su cuenta se tomaron sus esposas.

Esa, continué, también fue una clásica entrada a un bar de pisa y corre y tardamos más de un día en reponernos, aunque claro, en lo lento de nuestra recuperación más tuvo que ver el efecto retardado del susto del rayo que la cruda.

-Pero ahora no llueve y a "La Finca" no van gringas, acotó Poncho con una lógica contundente que demolió mi moraleja guanajatense y fortaleció la endeble hipótesis de que ahora sería diferente.

Y en efecto así fue. Hacia las tres de la mañana, el más sobrio de nosotros bailaba con un mariachi, y el menos, que no me puedo acordar quien era, le pedía de manera insistente ¡y para ya! matrimonio a una paisana que trabajaba en Chicago. El cuadro lo completaban Juan Manuel, que tomaba coñac en un florero que parecía copa y las primas y hermanas de la paisana que en la pista era conminada a esposarse, quienes con William y Poncho, lo escuchaban relatar algunas de las aventuras de su tío Heinz y otras propias. Chalío, que también lo escuchaba, abandonaba en ese momento la mesa con dirección al piso llevando consigo su cuba.

Como les suele pasar a los que se ven enfrascados en los convivios de "dos y nos vamos" y que se alargan todas las horas, hay cosas que a causa de la memoria diluida no pueden nunca recordarse como ocurrieron y que se recuerdan de manera nebulosa. Al juntar algunas de éstas últimas, se reconstruyeron al día siguiente los hechos mas o menos así. El trasiego estuvo bajo control hasta el momento en que después de ligar con las paisanas las llevamos a la mesa y estuvimos escuchando música y bailando, pero que el descontrol parece haberse iniciado, cuando poco después de la hora reglamentaria del cierre, Chalío, rápido como era para nivelar pozos, fue al "Nuevo Mundo" y regresó con un conjunto de mariachis para agasajar a nuestras paisanas chicanas. De allí en adelante nadie supo cómo es que nos quedamos en "La Finca", y mucho menos cómo fue que regresamos vivos y solteros a la residencia a las seis de la mañana, en donde ya nos esperaba sentado en el quicio de la puerta con brújula y martillo en ristre, el geólogo que salía por primera vez al campo después de muchos años de inactividad.

Tal como lo había temido, la visita técnica fue una odisea. Crudos, o casi, porque a algunos aún no nos llegaba la cruda y sin dormir, en pleno mar petrificado de Real de Catorce escuchábamos el canto de las sirenas chicanas mezclado con el martillar del geólogo rehabilitado, que llevado por su entusiasmo resquebrajó seis toneladas de roca del primer cerro que se encontró de frente.

Cuando los cantos y los golpes de martillo con sus ruidos del metal contra roca y los ecos de cerro martilleado contra nosotros habían relegado la cruda a una neuralgia de quinceañera y estaban a punto de aniquilarnos, el geólogo rehabilitado la

emprendió contra el promontorio rocoso sobre el que había un altar construido por los mineros que habían abandonado el lugar hacía más de cien años, pero que inexplicablemente regresaron todos en ese momento con ánimo de linchamos.

El trance de las disculpas y explicaciones a los tres lugareños y los mil mineros que con actitud hostil regresaron a reivindicar su santuario se llevó más de una hora. Mientras se justificaba la confusión del geólogo reincorporado, que en tanto desgajaba otro cerro y se aseguraba que los fines de nuestro trabajo estaban totalmente alejados de cualquier fanatismo religioso, la afluencia de adrenalina por el abortado linchamiento trajo a todos nosotros el bienestar, al terminar la cruda de unos y sin pasar por la cruda en otros.

Ya en condiciones físicas adecuadas y eliminadas las posibilidades de eventuales escaramuzas de santones contra paganos, reconfirmamos las expectativas sobre las condiciones acuíferas de las rocas de la región y emprendimos el regreso al oscurecer.

El regreso a San Luis lo hicimos en silencio. El vacío benéfico de frases repetidas tantas veces instaba a unos a dormir por momentos, y a otros, a tratar de conciliar las proposiciones de la vida interior con aquellas del mundo que nos rodeaba. Los acontecimientos de la noche anterior arrojaban sobre los cansados espíritus los reclamos de siempre y a ellos se enfrentaban las eternas promesas. Pero la cruda moral no laceraba por igual. En alguien que no me puedo acordar quién era, aun cuando me lo contó más tarde, el reclamo mordía al ego por la manera frágil y frívola con que enfrentó el ensueño cultivado por un tiempo medio largo con aquella potosina medio fresa, contra el arrebató medio carnalón con que se vio envuelto con la paisana. Se resistía a echarles la culpa, así nada más porque sí, a las treinta cubas y a los alicientes de Juan Manuel sobre el ligue, y adujo en su defensa, que el arrebató medio carnalón fue más bien el resultado de la abierta y rápida simbiosis que la auténtica espontaneidad de la paisana creó entre los dos y que sin quererlo o no, contrastó con la medio fingida y lenta apertura de la potosina medio ricachona. Y que al fin y al cabo dejaría que el fallo, que esperaba le fuera favorable, se lo otorgaran los años.

En San Luis, un baiío reparador nos revitalizó y nos estimuló el apetito, por lo que salimos a cenar a un lugar cercano de la residencia, con el firme propósito de regresar temprano a dormir para reponernos del tráfigo de la noche anterior. Sin embargo, una vez más la incapacidad para conectar las percepciones interiores con el mundo exterior hizo su aparición a la mitad de la cena cuando alguien descubriera que el siguiente día era sábado. Todos nos miramos sorprendidos y en ese descubrimiento encontramos un abanico de posibilidades. No necesito decir cuáles fueron las que desechamos, y más cuando otro alguien traía de pura casualidad el número del teléfono de las paisanas. Lascitamos en "El Jazz Club", porque ni modo de volver a "La Finca" como sinada al otro día. Además, "El Jazz Club" era más pequeño e íntimo, no cabían los mariachis y a la media luz podrían engañarse más fácilmente las eternas promesas y encontrar soluciones completas. Pero ahora sí, dijimos en tono admonitorio Juan Manuel y yo, la cosa tiene que ser diferente.

LOS POZOS DEL RIO LA SABANA

A fines de 1969, una dependencia federal que se llamaba Junta de Mejoras Materiales, o algo así, precisaba conocer el caudal óptimo de explotación de varios pozos profundos distribuidos a lo largo del cauce del Río La Sabana para lo cual contrataron a la empresa donde trabajábamos Gustavo y yo. En esa época, recién habíamos terminado el aforo del primer pozo de la Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca, por lo que teníamos fresco todo lo relacionado a medición de caudales, reducciones de tuberías, mamparas, tubos pitot, y los métodos para hacer aforos de caudales escalonados y pruebas de bombeo. Este conocimiento nos cayó de perlas, pues fuimos escogidos entre otros geólogos para ir, ¡nada menos que a Acapulco!, con la comisión de supervisar en cada pozo, las maniobras de la instalación del equipo de bombeo por el personal de la Junta y dirigir los pasos de los aforos y las pruebas de bombeo.

En el puerto entramos en contacto con dos ingenieros que tenían bajo su responsabilidad la red de distribución de agua potable, de los aforos y de un maestro bombero con su ayudante. La relación de trabajo con estos ingenieros nos resultó estupenda, ya que como estaban ávidos de conocer, según ellos decían, "de aforos formales" para complementar su campo de acción sobre la red de distribución, se pegaron literalmente a nosotros día y noche desde el primer aforo, lo que nos permitió en los subsiguientes, una vez que ya habían aprendido lo suficiente, dejarlos en los pozos, sobre todo de noche, que era lo que más les gustaba, para irnos nosotros a descansar al puerto o a ver de qué forma no descansábamos. Una de esas noches en que los dejamos haciendo las últimas medidas de un aforo, conocimos en Sanborns, a dos tarántulas aventureras con las que nos quedamos de ver más tarde en el "Bar Intimo".

El "Bar Intimo" es uno de los bares con más prosapia que he conocido, lo cual es mucho decir, pues por mucho tiempo fui un geólogo que realicé diversos trabajos en muchos lugares. Fue el peregrinar profesional y su bohemia inseparable la causa de haber conocido muchos bares y cantinas, desde los más elegantes hasta los más sórdidos, en muchos lugares, bajo diversas circunstancias, en todos los estados de ánimo y con las consecuentes actitudes. En todos esos tugurios encontré siempre un ámbito grande o pequeño digno de evocación y el "Intimo" no es la excepción. Como ya dije, el Intimo estaba en Acapulco, lo que por sí solo ya es motivo para recordarlo, pues como se sabe en Acapulco todo es diferente. Sin embargo, tal vez todo esto no hubiera sido suficiente para el tema de esta historia si no hubiera encontrado allí la enorme presencia de Josephine.

Fue en el marco singular del Intimo donde viví una de mis historias más peculiares y no más terribles como dijera Gustavo, pues fue como siempre el destino el que me envolvió en otra de sus tramas al no asistir a la cica de la noche una de las dos tarántulas que habíamos conocido hacía apenas unas horas y que era supuestamente la que me correspondía.

-Graciela no pudo venir. Dijo la que si llegó a la entrada del Bar. -¿No te agilitarás por ello, verdad? Le contesté que no, que de cualquier manera siempre me divertía. Por eso, recuerdo que con el propósito de no "agüitarme", traté de ambientarme desde el principio y entré al bar bailando al compás de "Tiburón", una guaracha muy de moda en ese entonces, lo cual en esos sitios es muy común, ya que casi todos los gringos que se divierten en Acapulco entran bailando descalzos a los bares con un vaso en la mano. Este acto trivial, que de haber sido yo gringo, haber llevado un vaso en la mano y de haber habido parejas en la pista hubiera pasado desapercibido, fue por el contrario, la causa que, después me enteré, originó el repentino golpe de pasión que asesté con esto a una de las meseras del bar, tal como lo aseguraron Gustavo y su tarántula.

No me fue difícil intuir en esa observación, la aviesa intención de los dos de hacerme creer que alguna de las meseras me había lanzado los perros, y en el caso de caer en su juego, que me entretuviera tratando de ligar para que no les hiciera mal tercio, pero como ni siquiera sabía de cual mesera se trataba me hice buey observando el decorado.

Situado en Caleta frente al "Zorro", otro bar de abolengo, el Intimo estaba construido y decorado con el mismo estilo con que el legendario "Bum Bum" marcó la pauta para los demás bares del puerto en los años de los cincuentas. El afrodisíaco y estimulante fondo de varas de bambúes sosteniendo techos de palapas, redes de pescadores, cocos pendientes del techo y aberturas en los costados, para dar paso al embrujo de la noche acapulqueña, y como elementos insustituibles, la barra de madera y la penumbra cobijadora de todas las desinhibiciones y pasiones del alma.

En esas estaba, deleitándome con el decorado y el sabor del ambiente cuando vi por primera vez a Josephine. Se dirigía hacia nosotros con una charola y tres cervezas, abarcando con su presencia toda la pista por la que atravesaba. Llevaba una minifalda de color verde pistache que hacia un hermoso contraste con su piel morena. En tanto avanzaba hacia nosotros contoneándose con frescura, percibí en efecto en su mirada el mensaje de una tarde prometedora. ¡Andale! Gustavo y su tarántula tienen razón, me dije, mientras sentía el roce de sus muslos (los de la mesera) la que al inclinarse para poner frente a cada uno de nosotros las cervezas los juntaba con los míos estableciendo un contacto franco y decididamente provocador. Fue en ese momento, ante el audaz y abierto llamado de la ninfa que opté por sacrificarme para no estorbarle a Gustavo y respondí de inmediato con la misma audacia que la ocasión exigía: deslicé la mano por debajo del mantel y acaricé su muslo macizo y generoso. Y fue también en ese instante cuando nuestras sonrisas cómplices se cruzaron que me enganché en la aventura tropical que el tiempo y Gustavo han ido transformando. Porque si no, ¿cómo explicar el que Gustavo haya matizado en exceso la personalidad de Josephine y los sucesos que se suscitaron esa noche y los del día siguiente?, ¿No es acaso el tiempo el que modifica el cariz y la verdadera dimensión de los hechos junto con la vehemencia con la que son narradas? Y si no a los hechos: Josephine, de ojos negros, vivarachos y achinados, pesaba alrededor de cien kilos y no ciento cinco como Gustavo ha pregonado. Tenía

también un color de mulata Acapulqueña y no el de las negras de las Antillas como también se exageró.

Por otra parte, si bien es cierto que al calor del ambiente afrodisíaco del bar, del estimulante influjo de las cervezas y de la ausencia de la tarántula de Sanborns, bailé con Josephine "Vereda Tropical", no es en cambio cierto que haya yo semejado una lapa pegado a un pulpo negro con vestido floreado. Lo que nunca se dijo en justa reciprocidad, fue que batimos la pista con verdadera maestría, gozando hasta lo último, las notas de la sensual y sentida queja nostálgica de la canción. Aquí considero que cabe también aclarar, que la referida pieza de baile no debe interpretarse como un acto festivo por lo contrastante de nuestras personalidades, cincuenta contra cien kilos, sino como otro de profunda significación por la vivencia en sí. Para el efecto infiero, que para "los que vivimos", un acto así queda transformado por nuestra intrínseca manera de ver las cosas en uno profundamente vivido y de muy alta trascendencia para los años de la nostalgia. Y así, desde esta retrospectiva puedo asegurar, que quien no ha bailado con una gorda de cien kilos "Vereda Tropical" en un bar como el Intimo, con la entrega que incita el marco acapulqueño no solamente no ha vivido, sino que en adición no ha vivido nada.

Después del acto heroico, calificado así por la tarántula que cargaba Gustavo y que así resumió mi sacrificio por ellos, yo me reponía en la mesa consumiendo algunas cervezas, en tanto que Gustavo y su tarántula bailaron en dos o tres ocasiones. Mientras esto ocurría, Josephine trataba en vano de convencerme para que la esperara hasta las seis de la mañana, hora en que estaría libre del trabajo. Cuando me refiero a que trataba en vano de convencerme, apelo a la justicia y a la reivindicación que el tiempo otorga tarde o temprano a ciertos actos de la vida, porque en realidad no estaba dispuesto a esperar seis horas en el bar al cabo de las cuales estaría completamente pedo, y tampoco como Josephine sugería como alternativa, que regresara por ella a las seis, pues precisamente a esas horas debíamos de iniciar un nuevo aforo en uno de los pozos de la Sabana. Así las cosas y ante mi firme, rígida y decidida postura, en tanto pagaba la cuenta y Gustavo y su tarántula se dirigían al baño, por separado, Josephine utilizó como último recurso para retenerme un sólido argumento: se levantó la falda hasta arriba y al tiempo que me mostraba sus imponentes muslos preguntó con franca naturalidad -¿regresas entonces?.

Acepté de inmediato. Y de la misma forma urdí un plan. Regresaría al bar en cuanto Gustavo se durmiera y al hotel antes de que despertara. De este modo, Gustavo no se daría cuenta de mi ausencia y evitaría al día siguiente más comentarios sobre mis desviaciones sexuales y mi conducta proclive a levantar todo lo que se me pusiera enfrente.

Con este plan y los muslos de Josephine en mente salí del Intimo eufórico y decidido a volver. Sin embargo, aquí debo recordar que apelé anteriormente a que mi actuación en el asunto del Intimo debería de ponderarse con otros factores

circunstanciales como por ejemplo los siguientes . Durante el trayecto a la casa de la tarántula de Gustavo y al Motel Kennedy donde me hospedaba con Gustavo, el aire tibio de la media noche, el incipiente cansancio del guerrero y una leve disertación interior y Platónica sobre el alma, la belleza y la contemplación, comenzaron a atemperar mis sentidos y a desdibujar la conformación del plan urdido en el bar. De tal manera que al arribar al motel, la culminación de algunas reflexiones sobre la inconveniencia de estar solo en esos lugares donde conforme avanza la noche, el aumento en la emotividad de los amantes de Baco se convierte a menudo en peligros impredecibles; en otras referentes al cumplimiento del trabajo y en otras menores de carácter puramente estético me empujaron hacia una endeble decisión: cancelar momentáneamente el compromiso.

Pero como he venido diciendo, aun los detalles cotidianos tienen en ocasiones la fuerza necesaria para cambiar un destino y en esta ocasión el hambre fue uno de ellos. Apenas Gustavo se durmió, comencé a revolverme en la cama con la sensación del estómago vacío. Como la incómoda molestia del hambre crecía por momentos, la idea de una visita al Dennys para satisfacer mi apetito se convirtió a poco en una necesidad. Como el Dennys se encontraba frente al Motel y solo había que cruzar la Costera no lo pensé mas y me levanté sin hacer ruido. Pero al canto de esta reflexión surgió inevitablemente otra: ¿por qué no una rápida escapada al bar en taxi después de cenar?. Tal vez una cerveza. Quizás dos. Y regresar también en taxi. Como esta nueva alternativa era la posición intermedia entre el plan inicial y su cancelación; su puesta en práctica podría dejar a salvo más o menos dignamente mi promesa de regresar y a la vez mis consideraciones estéticas y de trabajo. Así pues me vestí, y cuando estaba a punto de salir del cuarto me acometió otra inquietud: el coche. ¿No sería más conveniente llevármelo? Porque a estas horas y mas tarde, la Costera estaría casi sola y conducir así a pesar de mi nula experiencia frente al volante, sería más seguro que exponerme a que me asaltaran En un taxi. ¿ Y si chocara? ¿ Y si no fuera así? Para terminar con mi indefinición tomé las llaves del Volkswagen y postergué la decisión para después de cenar.

La cena se transformó en una nueva energía que restituyó rápidamente mi organismo . El efecto vivificante me hizo sentirme otra vez audaz y desaprensivo, y mis temores sobre mi ida solitaria al bar y de algún percance con el auto comenzaron a minimizarse. Así, en tanto me iba sintiendo más restablecido, un nuevo enfoque sobre el asunto del coche, condicionado a la imagen de los muslos de Josephine , modificó por fin y radicalmente mis medrosas apreciaciones sobre la forma de trasladarme al bar. Me iría en el coche; si habría poco o mucho movimiento en la Costera era lo de menos, me sentía nuevo y porque no confesarlo, con la señora tentación a mi lado.

Conduje hasta el bar sin ningún contratiempo adonde llegué hacia las dos de la mañana. Como era de esperarse el ambiente estaba en su apogeo; todas las mesas estaban ocupadas por lo que me acomodé en el extremo de la barra. Allí me localizó Josephine, antes de que yo pudiera ubicarla entre la penumbra y las figuras y los rostros que

como fotografías sepias y moradas aparecían y desaparecían sobre el fondo abigarrado de la masa que en la pista se agrandaba y se acortaba sincopadamente.

-Esperaba que volvieras.

-Sólo un rato. Mañana tengo que trabajar temprano.

Conocedora de las debilidades humanas y de subterfugios de esta clase tal vez por haberlas oído muchas veces no dijo nada. Sabía que si había vuelto no iba a ser sólo para un rato así lo hubiera yo planeado.

-¿Una cerveza entonces?

-Si claro. Una cerveza.

La cerveza después de la cena me sentó de maravilla y pronto llamé a Josephine para que me trajera otra. En tanto Josephine volvía con la cerveza, el embeleso que produce el ritmo tropical cuando sirve de fondo al sentido mensaje del despecho al estilo de Bienvenido Granda comenzó a invadirme. De tal modo que después de dos o tres piezas del mismo corte amargón y sensual, cuando Josephine volvió a la barra con mi cerveza y me invitó a bailar no pude resistirme

"malvada, mi alma has destrozado"
el amor que te di
por otro lo has cambiado."

Como al principio de la noche, pero ahora entre otras muchas parejas que en la pista enmascaraban nuestras opuestas figuras, Josephine y yo condenábamos también a la malvada que había destrozado el alma de algún ingenuo. Dentro del entorno de esa tibia exaltación, el tiempo se deslizó rápidamente alrededor de un carrusel donde las reminiscencias, la vivencia de ese instante, y lo que adivinaba sería para el recuerdo cuando la orquesta callara y en el bar solo quedaríamos Josephine y yo, giraban y giraban hasta unirse al final o al principio de cada vuelta en el punto donde comenzaban como siempre mis acostumbradas indecisiones. ¿Me iría al final de la próxima tanda? ¿O tal vez mejor de la siguiente y después una cerveza más? ¿O seguiría hasta el final de la aventura?

Fue así como mi falta de carácter para decidir se convirtió en otro de los factores que me llevaron de lleno al lance del Bar Intimo y no del todo, como contara después Gustavo, mi pervertida inclinación a la masa. Pues debo decir que en pleno trance de mi profundo autosicoanálisis, Josephine me devolvió a la realidad con la frase decisiva: ya mero nos vamos. La verdad es que no medí en ese momento la verdadera fuerza del destino y aquello de las circunstancias no superadas y solo acerté a responder -!Ah qué bueno!.

Desperté en un hotel de Pie de la Cuesta como a las once de la mañana sin saber cómo ni a qué horas había llegado allí. No me detuve a averiguar nada y de manera presurosa, pero sin contratiempos conduje hasta Acapulco. En tanto me acercaba al Motel Kennedy, después de haber llevado a Josephine a su casa me imaginé a Gustavo preocupado y extrañadísimo de mi proceder. Al llegar al hotel, una mala e

infortunada maniobra originó que casi entrara con todo y coche a la recepción . Allí estaba Gustavo llamando por teléfono a la Cruz Roja y a la Policía efectivamente preocupadísimo por mi ausencia y el coche.

-!Maestro! Exclamó al verme llegar. -¿Dónde has estado?.

Y fue en ese momento cuanto perdí toda oportunidad de salvarme para siempre. Pude haber inventado mil historias para justificar el escape nocturno y esconder bajo cualquier circunstancia el asunto del Bar Intimo. Pero sólo se me ocurrió contestar: con Josephine.

Han transcurrido muchos años desde aquel entonces y como dije al principio de este gazapo, los hechos fueron así y no como Gustavo los ha narrado.

LA SUPERVISION

Ya desde el tiempo en que aconteció lo que se narra abajo, ser, o creer ser, con cierta base o sin ninguna hidrogeólogo, tema varios inconvenientes o menoscabos y sus muchas ventajas. Entre los inconvenientes más comunes selecciono, por ser verdaderas perlas representativas estos dos: para los otros hidrogeólogos, siempre es uno un pendejo y para los profanos, hacemos las cosas mas raras y cobramos como toreros por no encontrar nunca el agua suficiente o de plano decir que no hay.

Todo aquel que en alguna forma se ha dedicado al complejo tema del agua subterránea, estará sin duda de acuerdo en lo de los dos inconvenientes más comunes, y también en que cada quien podrá agregar a su lista particular de menoscabos o epítetos los que haya juntado en su vida profesional, y/o en su rarísimo caso, los encomios con los que se haya visto favorecido por su accionar dentro del reducido mundillo hidrogeológico que ya desde entonces crecía a velocidad vertiginosa, merced a una fecunda generación espontánea que convertía de la noche a la mañana en hidrogeólogo a cualquiera que hubiera oído hablar en una plática de café del agua en el subsuelo.

En ese tiempo, hace ya más de veinte años, cuando todos los del "mundillo" éramos más o menos conocidos, el moverse en ese ámbito hidrogeológico propiciaba el endosamiento de etiquetas adicionales nada halagadoras a las de la extensa lista particular, cuando alguna asociación o algún particular solicitaba el arbitraje profesional a un hidrogeólogo para algún trabajo o dictamen efectuado por otro colega. Esta sí era en verdad una situación chipocluda que requería mucha diplomacia, mucha mala leche o mínimo tragar camote en la grande, porque generalmente se enfrentaba como en un careo, a dos cuates que en la tarde anterior habían destrozado en una cantina la reputación de un colega, o si no era un tete a tete, de cualquier modo irremisiblemente se sabía quién había realizado el arbitraje con las consecuentes desventajas.

Pero también justo es decir, que no siempre los arbitrajes entre colegas terminaban en distanciamientos eternos, sino que en algunos casos (aunque no muchos), se reforzaban amistades, se engrandecían juicios de admiración y se abrían canales de predisposición a la cooperación en trabajos de interés común.

Viene a colación este esbozo de prohemio, por lo que nos sucedió a Amado y a mi, la tarde en que inesperadamente nos avisaron de México que teníamos que trasladarnos urgentemente de Celaya a León, para realizar una supervisión hidrogeológica. Las instrucciones para el caso no pudieron haber sido más escuetas: al día siguiente en la mañana, en el Aeropuerto de León, debíamos apersonarnos con el Sr. Duda, representante de una asociación muy importante y quien nos daría los pormenores necesarios.

-Pero ingeniero, ¿Así nada mas? Le pregunté por teléfono desconcertado y temeroso al subgerente.

-!Qué quieres tú carajo! Ya sabes tú cómo es el patrón de atascado. Y como tú le festinas mucho esas atascadas pues a ver qué te encuentras.

Como en realidad lo usual era que siempre nos mandaran a la guerra sin fusil, porque así se aprendía más, pues nos fuimos a León a ver qué aprendíamos.

Al día siguiente en la mañana, el Sr. Duda nos identificó rápidamente en el aeropuerto, cosa que nos dejó bastante amoscados pues nos dimos cuenta que de a tiro se nos notaba luego luego. Una vez formalizadas las identificaciones correspondientes, nos llevó como quien lleva a contactos de espías, volteando para todos lados y hablando con los labios apretados a una mesa del restaurante.

—Las pocas noticias del periódico local las cazan aquí en el Aeropuerto, y mis representados no quieren ruido sobre el asunto, nos dijo el Sr. Duda, en tanto volteaba hacia la puerta al estilo de Elliot Ness. Amado y yo nos miramos desconcertados y recelosos, pero debimos haber acordado al mismo tiempo de que así se aprendía a hacerlo, escuchamos los detalles de la supervisión, que palabras más, palabras menos fueron así: el gobierno federal ha realizado estudios para aumentar la dotación de agua potable e industrial a la ciudad y de acuerdo a éste, deben perforarse más de diez pozos muy profundos al sur de la ciudad. La iniciativa privada va a aportar un cierto porcentaje para la obra municipal, pero para realizar esa contribución, necesita estar segura de que la solución dada por el gobierno del centro es la adecuada.

-En unos minutos llegarán las personas de México que fueron invitadas por la iniciativa privada del Estado para que en una plática, posterior al reconocimiento del valle que hagan con ustedes, le expliquen al Consejo de la Iniciativa Privada Leonesa, el por qué de tantos pozos y en esa zona, expuso el Sr. Duda yendo directamente al grano como lo hacen los grandes ejecutivos. Y luego, de la misma manera abundó: -No necesito decirles que a partir de este momento tienen ustedes metida la cachucha Leonesa y que esperamos de sus servicios profesionales la mejor garantía para nuestras inversiones. Como no esperábamos que un ejecutivo de esa talla nos estuviera albureando, nos hicimos bueyes con lo de la cachucha y le contestamos que contara con nosotros como si fuéramos Leonese. Así de mamones.

A continuación nos dijo que había investigado a la empresa, y no en particular al personal, pero que de México le dijeron que era una de las mejores oficinas en aguas subterráneas (no había más de tres) y que con eso le bastaba, lo que no impidió que nos interrogara visceralmente sobre nuestra experiencia en el ramo durante los largos minutos en que tardó en llegar el avión de México. Supimos que salimos airosos del interrogatorio por sus movimientos afirmativos de cabeza, que parecían ratificar los conocimientos que tenía de los valles de Celaya, Irapuato, Apaseo, Salamanca, etcétera, o bien dar a entender que lo que le contábamos como experiencias eran las requeridas para la supervisión, y también, porque cuando se enteró por el devenir de la plática que Amado no era ingeniero, sino una especie de ayudante con especialización permanente de campo, comentó que eso era importante y otra cosa más acerca de los grados académicos que no entendimos bien porque en ese momento se paró al escuchar el anuncio de la llegada del avión.

Paso por alto las escenas típicas de las horas de llegada y salida de los aeropuertos de provincia y mejor hago un espacio para recordar lo que en un principio acoté sobre los inconvenientes de ser hidrogeólogo y mas si su círculo es muy reducido, porque cuando vi a Don Heinz avanzar hacia unos señores que no habíamos visto Amado y yo y hacia el Sr. Duda y hacia nosotros , lo que más desee ser en ese momento era cualquier cosa menos hidrogeólogo, un biólogo, un contador o el piloto del avión y no el geólogo que asesora a nuestra iniciativa privada, como fui presentado a Don Heinz.

-En buena nos metieron en México, le dije a Amado en tanto Don Heinz saludaba a las demás personas pero ya no me oyó, porque al ver a Don Heinz se echó a correr al estacionamiento y se encerró en el coche. Al sentirme solo, el pánico y el Sr. Duda se apoderaron de mi, el pánico al hacer que encendiera dos cigarros a la vez y el Sr. Duda que me llevaba asido por el brazo y echándome hacia adelante como diciendo: ándale aquí está mi gallito. Empezaba a tragar camote en grande, cuando Don Heinz, conocedor de años de los atascones de su compadre Don Lorenzo, me tomó el otro brazo y me sonrió con una expresión de comprensión total.

El ejecutivo Sr. Duda y los señores que no habíamos visto, pero que todo parecía indicar que eran personalidades muy picudas del gobierno y de la iniciativa privada, resolvieron que el asesor particular debía sobrevolar el valle con Don Heinz, para que me enterase de viva voz de la visión del proyecto del gobierno y estuviera así en mejor disposición de validar el estudio o hacer las recomendaciones que estimara pertinentes Nada más. Por su parte, ellos nos esperarían en un hotel céntrico donde estaban realizando unas juntas de trabajo o algo parecido, y allí, el asesor particular expondría *sus* comentarios al estudio realizado por el gobierno federal. Nada más.

Al verme solo con Don Heinz y con el capitán de la avioneta de la Secretaría de Recursos Hidráulicos temunó mi sufrimiento y mis deseos mutacionales en otra especie, porque pude decirle libremente a Don Heinz que yo no sabía que se trataba de arbitrar un estudio hecho por la Secretaría y mucho menos a él. Fino y gentil como siempre sólo se sonrió y me dijo que por favor no me preocupara y que si traía cigarros. Cuando le contesté que cuando lo vi encendí dos a la vez de puros nervios, solo movió la cabeza al tit:mpo que entrecerraba los ojos y mantenía esa sonrisa que hacía sentir siempre tan bien al que le escuchaba, y en el caso particular de esa mañana, a mí, que había tenido la oportunidad de aclarar la situación.

Esa mañana recibí una de las clases más hennosas de geohidrología. A medida que volábamos sobre el valle y que me explicaba tantas y tantas cosas sobre el marco geológico y la ocurrencia del agua enel subsuelo, pensé, al fin que estaba en la tierra de José Alfredo, que esa sería una mañana que no olvidaría aunque pasaran y pasaran los años.

En aquellos años, al pasar encima de las sierras que limitan al valle, todavía podía verse claramente "espejear" el agua en las numerosas fracturas de las rocas de las sierras y visualizar en toda su dimensión la forma más importante de la recarga del valle.

Huelga decir que las preguntas y comentarios que hice a Don Heinz durante su exposición en la avioneta, no tuvieron otro propósito que no fuera el de aprender y cimentar la comprensión de las diferentes facetas del estudio, con el fin de compenetrarme en él y estar en una posición de solvencia de conocimientos que me permitiera, en unas horas mas, certificar ante el Consejo de la Iniciativa Privada Leonesa las conclusiones de mi maestro de Geohidrología.

La facultad que tenía Don Heinz para explicar el funcionamiento de una cuenca, aun a personas legas sin necesidad de recurrir a términos geológicos e hidráulicos elevados o rebuscados, dejó en todos los miembros del Consejo Leonés, la total certeza de que quien les había hablado era un verdadero experto, y un panorama tan claro de las condiciones del Valle que pensé que mi participación ya no tenía sentido como no tenía ocultarlo que era lo que yo mas deseaba. Sin embargo, tal vez porque de cualquier forma iban a pagar por ello, el Sr. Duda pidió mi opinión y me tuve que parar tragando camote, porque a pesar de que todos habían quedado muy satisfechos por la exposición de Don Heinz, en cuanto yo dijera que todo estaba bien y que no había nada que objetar, lo mas seguro era que más de uno pensara o dijera: hummm, que la.... pues entonces para qué trajimos a este buey. Pero afortunadamente salí airoso del trance, porque me había acostumbrado en todas esas situaciones difíciles a preguntarme ¿Qué haría en este caso Don Lorenzo? Así que me paré y al más puro estilo de mi patrón les dije: señores, primero que nada tengo que felicitarlos porque tuvieron ustedes la fortuna de que Don Heinz haya efectuado personalmente el reconocimiento del valle, después por su atinada preocupación por los recursos subterráneos de éste y finalmente a mí, porque supervisar los estudios de la Secretaría y de Don Heinz no es un trabajo sino un placer, el mismo con el que les comunico que sus inversiones tienen como base un sólido trabajo ingenieril de excelente calidad.

No se si lo haya yo imai?inado. oero vi en la expresión del Sr. Duda algo así como de mira que cabrón, antes de que agradeciera a nombre **del** Consejo...etc. y **NOS** invitara a disfrutar de una comida preparada con el fin.....

En tanto a un lado de nosotros Don Heinz, con su gran personalidad y su eterna sonrisa cautivaba a todos los presentes con su amena plática, escuché lejana la voz de Amado mezclada con el tintineo de los hielos de su aperitivo.

-Ya. No dijo nada.

-Como eres buey. Le respondí. -Dije todo como lo dice Don. Lorenzo. -Claro que no como él lo hubiera hecho, pero salimos.

Don Heinz estuvo hasta bien entrada la tarde porque iba a Dolores y no tenía que regresar a México. El día siguiente era Jueves Santo y allí en Dolores pasaría los días de la Semana Mayor. Amado y yo regresamos a Celaya ya medio entrados por los aperitivos y los desempances, pero relajados y también con la perspectiva de descansar cuatro días. Así que con el ánimo dispuesto al descanso tomamos las cosas con calma y en la desviación Silao-Romita-Irapuato, decidimos emparejar el nivel del aceite que ya se nos venía bajando y en el típico restaurante de la desvia-

ción decidimos parar con el propósito de cenar y libar unas cubas, para entre otras cosas, olvidarnos por un rato de todo lo que fuera geohidrología. Pero el destino se opuso a que así fuera. Allí en el restaurante, también se preparaban para la Semana Santa haciendo ejercicios espirituales, ingenieros, supervisores, jefes de compras y el corredor de registros eléctricos de una empresa de perforación muy grande que como nosotros se movían en todo El Bajío.

Yo los conocía a todos bien porque el dueño de esa gran empresa me había invitado hacía más de siete meses a trabajar para él, proposición que acepté, en parte por cambiar de actividad y aprender de perforación de pozos, pero más que nada por pendejo y lo de pendejo es por lo que sigue: resultaba que el dueño de la empresa, era una de esas personas de las que se dice que tienen muchas agallas o espolones para gallo, audaz y tan entrón, que en la época en que trabajé para él le dio por garantizar el caudal. Me explico: si en el aforo se extrañan, por citar un ejemplo, los cuarenta litros por segundo garantizados, cobraba y cobraba bien. En cambio, si la producción resultaba de quince o veinte litros por segundo la empresa absorbía el costo de la perforación y el pozo se clasificaba como negativo. No necesito decir que la parte de mayor riesgo de los caudales garantizados descansaba en el pendejo que fijaba los sitios para las perforaciones y que era el único geólogo de la empresa o sea yo. Naturalmente, esta situación me convertía en el centro ideal de todos los vituperios y reproches cuando la producción del pozo no era la garantizada, y de paso en el manto protector de todos los perforistas y de sus ayudantes ladinos. Y el mismo centro y manto protector, pero invisible, inexistente o desconocido cuando las cosas salían bien. Ya esa incómoda situación me la había adelantado el subgerente, antes que de manera precipitada y temeraria aceptara el trabajo. Pero no fue hasta después de algunos meses cuando comprendí lo que en tono admonitorio me profetizara. Dejando de lado las condiciones geológicas adversas, pero virtuales (para el patrón nunca se daban) y la práctica fatal de los perforistas que no se sentían parte del equipo de agregarle hasta su chingada madre al lodo de perforación con tal de avanzar cuando había pérdidas de circulación, quedaba aún que la audacia, tesón y pasión del dueño de la empresa por la perforación, eran iguales de grandes que su obstinación, por lo que mi infausta estancia en esa empresa duró apenas seis meses.

-¿Quihubo inges? Se ven medio jodidones. ¿De dónde vienen?.

Nos sentamos con ellos y luego luego para ablandarlos, a ellos que habían inventado los pozos de agua. Les solté a bocajarro.

-De supervisar un estudio grande de Don Heinz.

!Ya! Como no! Se extrañaron todos.

-A ver. ¿Cómo estuvo eso? Preguntó el que corría los registros eléctricos en los pozos y que además de ser el más versado era el menos mamón. De manera muy escueta reseñé el episodio de la supervisión, con el fallido propósito de tapar cualquier resquicio que diera origen a la polémica, y digo fallido, porque cuando terminé, opinaron que sería mejor perforar los pozos junto a las sierras, porque de acuer-

do a los pozos que habían construido en Romita y Silao....etc.

Por fortuna para Amado y para mí, pronto los de la empresa perforadora se olvidaron del Valle de León e iniciaron una serie interminable de discusiones bizantinas que hacían olas, desde los Hugonotes a la barrena nueva que descagalaba el basalto más negro, y que según otros no atravesaba ni las arenas gruesas de Salamanca. Amado y yo aprovechamos esa proclive inclinación de nuestros colegas de andanzas en el agua a discutir de todo y aprovechamos un grande espacio de tiempo para cenar y apagar la sed, cosa que nos cayó de perlas, pues inevitablemente nos vimos envueltos, apenas acabando de cenar en otra polémica sobre pozos que no hubiéramos podido soportar sin cena y mucho menos sin cubas y mucho menos sin saber que pasaríamos allí toda la noche.

El restorán era paradero de trailers por lo que estaba en servicio las veinticuatro horas y siempre en un estado de permanente animación, de tal modo que entre ajuste de diferentes puntos de vista sobre el agua y los pozos, dormitadas más o menos largas y despabiladas con cubas más o menos breves nos tomó el alba y otra vez el hambre por lo que pedimos de desayunar.

-¡Cómo que desayunar inges? -No les digo que vamos a ir al último pozo que usted localizó para el Banco y que por fortuna no se había garantizado el caudal.

-Los del ejido nos prometieron para hoy en la mañana, pero eso sí, muy tempranón un chivito y unas cheves rapiditas porque a media mañana se van al pueblo al viacrucis.

En realidad no nos habían dicho nada del chivito, pero como nos amanecimos con ellos nos invitaron a última hora.

-!Ah sí! ¡Cuánto dio el pozo?

-Cualquier chingadera. Treinta litros.-Digo; porque allí cualquier pozo da cuando menos ochenta.

-No pues sí. Dije lejano, al recordar que el lugar de donde cuando menos se pueden sacar ochenta litros, seco, blanquecino y muy alto, me hizo evocar por la similitud con el páramo cuando localicé el pozo, al de una novela de Mauricio Magdaleno en la que apuntaba que "aquí el suelo solo eructa cal".

El chivito y las cheves de verdad que fueron rapiditos, no así el viacrucis al que nos invitaron y que de habernos negado nos hubiera tocado cargar la cruz por ateos o comunistas. Pero la cosa no paró allí, después de una pinche asoleada de órdago a través de todo el ejido soportamos estoicamente un sermón que casi nos convirtió en franciscanos. Por fortuna resistimos y pudimos escabullirnos al coche y a las camionetas. Llegamos a Celaya sobre las seis de la tarde; Amado y yo nos fuimos a la casa que hacía las veces de campamento y los perforistas al suyo. Todo indicaba que el tiempo del descanso había llegado y que dormiríamos como osos hasta el día de la resurrección. Nada podía impedir esta apreciación, pues todo estaba cerrado y no se movían ni las hojas de los árboles. Pero nada era una utopía. El inge Frías, al que hacía apenas seis meses le habían quitado medio estómago a causa de una úlcera galopante, se apareció

con una dotación de botellas, comestibles y un trío, pues estaba celebrando que ya podía volver a tomar .

Salimos del campamento el lunes de Pascua para desayunar y al llegar al centro de Celaya nos encontramos de frente con el dependiente del almacén donde nos dejaban los recados de México pues no teníamos teléfono en la casa campamento.

-!Con las palmas a Mallorca! Por fin los encuentro. Nos dijo el dependiente que era medio mamón y le encantaban los dichos que nunca entendíamos y menos el de ese día tomando en cuenta las condiciones lamentables en que nos encontrábamos. El recado nos conminaba a prepararnos para el día siguiente. Dos importantes personalidades de la Secretaría nos visitarían para supervisar el avance de nuestro trabajo.

-Bueno.... como dijo el Señor. ¿Adonde andaban? Preguntó el dependiente.

Supusimos que se refería al Señor y a sus apóstoles, y como ya nos sentíamos como éstos medio crucificados, porque al día siguiente nosotros seríamos los supervisados, le contestamos en forma lastimera al acordamos de León, de los inges y técnicos que inventaron los pozos de agua y del Inge Frías.

-Solidarios con él. En un viacrucis.

LA SED DEL GEOLOGO

Todos los geólogos saben que su sed no es una sed común. La ardua faena de subir y bajar montañas o atravesar valles bajo los rayos del sol, se traduce al final de una jornada de trabajos exploratorios en una inclemente y peculiar sed, curable, según los cánones más ortodoxos, solamente con una cerveza fría en la primera cantina que se atravesase al bajar de un cerro o de darle la vuelta a un valle. No todos los geólogos sacian su sed de esta manera, e incluso el tópico ha dado lugar entre el gremio a profundas disertaciones éticas, a tratados de organización expedicionaria y a resultas como la que se reseña mas adelante.

A mediados del año setenta, realicé con Amado en los alrededores de Taboada, una exploración hidrogeológica con el fin de localizar el lugar más adecuado para la perforación de un pozo. Durante casi cinco horas bajamos al fondo de varios arroyos, subimos a varias lomas, medimos fracturas en las rocas y profundidades del nivel del agua en varios pozos y norias, todo bajo un sol abrasador y sobre un polvo blanquecino y seco que nos reseco la nariz y la garganta. Al terminar la exploración cerca de la hora non, Amado y yo ya estábamos al borde de una deshidratación galopante, por lo que emprendimos el regreso a Celaya con el plan de hacer escala en la primera cantina de San Miguel de Allende y apagar allí la sed del geólogo conforme a las controvertidas costumbres de una parte del gremio.

En el tiempo en que se desarrollaron los sucesos de este gazapo, San Miguel de Allende era el lugar preferido de gran cantidad de gringas, quienes bajo el pretexto de unos cursos de verano con objetivos bastante nebulosos, se pasaban la mayor parte del día en el famoso bar "La Cucaracha" soplándole a la cerveza y al tequila con verdadera vocación de nevero.

Fue precisamente en ese bar, donde Amado y yo hicimos la escala prevista en Taboada. Como era de esperarse, la primera cerveza nos cayó estupendamente y pronto pedimos la segunda. El efecto conocido por todos aquéllos que han degustado una segunda cerveza después de una ardua jornada no se hizo esperar. Un agradable remanso invadió el cuerpo y el espíritu y con grata laxitud empezamos a ubicar en el escenario el trasiego típico que se da en los sitios concurridos por gringas y los imprescindibles ligadores locales.

A nuestro derredor, decenas de gringas eran asediadas de manera franca, discreta o sutil; un conjunto de mariachis ponía en un rincón el tono folclórico y varios rancheros de edad madura, ataviados con sombreros de estilo charro mezclado con texano lo acentuaban. La luz vespéral que se filtraba desde los portales a través de las puertas se fragmentaba en destellos ocres y ambarinos que anunciaban la llegada de la tarde. Uno de estos destellos resaltaba el huipil coloridamente bordado que una mujer madura y de porte elegante lucía acompañada de un galán también de edad madura a unas cuantas mesas de nosotros.

-Esos no son gringos. Le dije a Amado haciendo alusión a la pareja, al tiempo que inclinaba la cabeza para saludar a la dama que había volteado hacia nosotros. La abierta correspondencia a mi saludo, cambió súbitamente nuestros planes. Ante la eventualidad de un ligue, ordenamos comida, más cervezas y pospusimos para la noche el regreso a Celaya.

En tanto llegaba la comida y las cervezas empezamos a urdir los consabidos planes para abordarla. Por lo que podíamos ver desde donde nos encontrábamos, el marido, novio o lo que fuese debía estar persa o a punto de estarlo por la gran cantidad de copas de tequila vacías que había en su mesa.

-Un tequila más y sedormiré sobre la mesa le comenté a Amado. Podríamos entonces pedirles a los mariachis que le tocaran a la dama Peregrina o alguna otra pendejada por el estilo o enviarles unos tequilas, cosa que casi nunca falla con las gringas, etc. Pero cuando llegó el turno de nuestra cuarta cerveza el avance de flirt indicaba que nada de esto sería necesario, ya que la dama del huipil allanaba el canúno al contestar en tres ocasiones consecutivas la clásica invitación al brindis que le hacía desde la mesa, por lo que sin que mediaran mas preámbulos, me levanté para ir a su mesa animado por el inglés que se tatacha con cuatro cervezas entre pecho y espalda, pero no me moví de la mesa porque estupefactos, Amado y yo veíamos como el marido o novio caminaba trastabillando hacia nosotros. Un intercambio de miradas con Amado bastó para saber que la habíamos regado, temor que se disipó tan inesperadamente como llegó, cuando el marido o novio, que en efecto estaba pedísimo, nos dijo de manera cortés que se llamaba John, que eran ingleses y que les daría mucho gusto que los acompañáramos a su mesa. Otro intercambio de miradas dejó por sentado que no traían dinero, que la invitación era para que les pagáramos la cuenta y que habíamos caído en el juego como principiantes .

Más que por cortesía, fue por el apendejamiento momentáneo que le contestamos que a nosotros también nos daría mucho gusto que nos acompañaran en nuestra mesa, y en efecto así fue cuando vimos a la dama del huipil acercarse. Bajo el huipil sus formas mostraban que estaba buenísima, apreciación que se sublimó cuando la resolana dentro del bar trasminó la ausencia de otras prendas entre ella y el huipil. Cuando el benévolo destino me sentó junto a ella, ya me valía madres que debieran en libras y después de los obligados delectos de nuestros nombres pedimos tequila para todos. Cuando el mesero llegó con los caballitos dobles, Amado y yo volvimos a quedar desconcertados cuando el mozo les entregó el cambio de lo que habían consumido en la otra mesa. No obstante Amado y yo parlotéábamos y tomábamos medio amoscados por la incertidumbre , pero al poco rato ellos aclararon el asunto. Al fin ingleses, el grotesco trasiego del gringuerío y los ligadores locales distaba mucho de sus pubs conservadores; nosotros en cambio teníamos otra suerte de feeling, que por fortuna no aclararon cuál era, pero que era diferente .

Entre tequila y tequila, hablábamos casi al mismo tiempo del tipo de arquitectura de la catedral de San Miguel, de la Guerra de Independencia y del oscuro objetivo

de los cursos de verano, mezcolanza que por momentos se hacía incomprensible debido al espaninglis que tatachábamos. Pero a pesar de todo, la estábamos pasando muy bien, pues entre tequila y tequila y a pesar del aire diferente, Mary y yo iniciamos, primero por un roce casual y después ya francamente un delicioso escarceo bajo la mesa. Al poco tiempo, John comenzó a dormitar por el efecto del tequila y el sopor de temas recurrentes que a nadie interesaban. Fue entonces que le pedí a Amado, que ya se había dado cuenta del maniobrar bajo la mesa, que fuera a ver si todavía estaba el coche donde lo habíamos dejado.

Al verme libre de perspicacias estorbosas abandoné el incomodo accionar bajo la mesa y atraje a Mary hacia mi junto con un vaso de cerveza helada que se derramó entero sobre John. Este se enderezó pesadamente y tal vez se hubiera vuelto a dormir, si no hubiera sido por el acomedido camarero que para secar a John, la mesa, las sillas y el piso, dio lugar a un caótico movimiento que hizo que nos levantáramos. Cuando nos volvimos a sentar no solo quedó John entre Mary y yo, sino que ya estaba completamente despierto y pidió mas cerveza y tequila; cuando esto ocurrió, pensé que el meneo podía haberse terminado, pero cuando Amado regresó de su celosa inspección y se sentó junto a Mary me abandoné a mi suerte.

El desafortunado lance de la cerveza derramada nos despabiló y agarrarnos nuestro segundo aire en medio de un parloteo que sin saber como se desvió a la guerra de Vietnam. Fue entonces que con el primer tequila del segundo aire me salió lo antimperia lista y estuve fustigando al súbdito de su majestad por las atrocidades cometidas por Johnson. Conforme pasaba el tiempo, me acaloraba más y más hasta que me perdí en discusiones sin sentido y de paso me olvidé de Mary. Así debió de haber pasado mucho tiempo, porque en una pausa de lucidez, me di cuenta que ya no estábamos en la mesa y que el escenario había cambiado totalmente. John, sentado en el escalón de una escalera junto a la barra, había sido abandonado por la flema inglesa y lloraba a moco tendido. Mary, Amado y yo estábamos recargados en la barra, un mozo somnoliento cerraba las puertas del bar y Amado tenía una mano bajo el huipil de Mary. Es obvio que escarceo, cachondeo o meneo son apenas eufemismos para calificar el tremendo entre que se traían Amado y Mary y que explicaba la cara de idiotas o como idos con que miraban el gran espejo del fondo de la barra.

Al siguiente día, mientras trataba de curarme la espantosa cruda en el balneario de Taboada, recordaba lo que me dijo Leonel la tarde que no quise acompañarlo a ver una película gringa. Yo no se qué ganas con tu pinche antimperialismo. Ahora ya lo sabía, y con la frustración y la cruda en plena creciente, todavía alcancé a corregir la admonición de Leonel antes de irme al fondo de una siestecita. Debías de haber dicho, lo que pierdes.

AGUA MANSA

Desayunaba todos los días en la Cafetería Rendez-Vous del Hotel Panorama. Acostumbraba sentarme en una de las mesas contiguas al ventanal que daba a la Avenida Reforma, los primeros días para localizar más fácilmente al chamaco que vendía los periódicos en la acera y los subsiguientes para verla pasar frente al hotel camino a su trabajo o a su escuela. La primera mañana que la vi, yo le hacía señas al chamaco del periódico cuando ella pasaba junto a él. Volteó y nos vimos, y a partir de esa mañana, yo suspendía la lectura del periódico o el desayuno para verla cuando pasaba frente a la cafetería. La misma escena pero con matices muy variados se repitió numerosas veces en los dos meses que me hospedé en el Hotel Panorama.

Esto ocurría a mediados de 1971, tiempo en que fui comisionado por la empresa Hidrotec, de Mariano Hernández, para iniciar los trabajos de campo de los estudios geohidrológicos de los valles de San Luis, Villa de Reyes y Villa de Arista. La encomienda de avanzada abarcaba mi presentación como Residente de la empresa ante el Residente de la Secretaría de Recursos Hidráulicos en San Luis, que en ese tiempo era el Ingeniero Luis Igueravide, la inspección de los valles para programar los trabajos de campo, la contratación de dos pasantes de Geología de la UASLP y la búsqueda renta y adaptación de una casa para, lo que en aquella época se conocía como la "residencia" y que no era otra cosa que un campamento urbano. Dada la amplitud de los trabajos, la "residencia" debería ser lo suficientemente grande para alojar a tres ingenieros, servir de oficina y de bodega al mismo tiempo y con el espacio suficiente para dar cabida a tres camionetas y al equipo de exploraciones geofísicas. Encontrar y rentar una casa con esas condiciones me llevó dos meses porque sólo la buscaba a la hora del desayuno en los anuncios del periódico, pues el resto del día lo dedicaba a desahogar las comisiones antes mencionadas.

Como he apuntado, durante esos dos meses a la hora del desayuno, nuestras miradas se encontraron muchas veces; en ocasiones, de una acera a la otra, y en otras, las menos, muy de cerca, cuando ella cruzaba la calle y sólo nos separaba el vidrio y la incapacidad y apocamiento de los dos para pasar de las miradas a una seña, un guiño y una cita. Por esa cortedad compartida y por lo tanto fortalecida, pasaron las mañanas unas tras otras sin que pasara nada. Durante muchos días, la misma atonía nos llevó a un letargo de intenciones hasta que lenta y sosegadamente, como corren los arroyos en los llanos, nuestras miradas rodearon la dejadez y empezaron, sin prisas, a verter sus apacibles aguas en la rendija del mirar sesgado que pudiera abrir paso al atisbo fugaz de lo desconocido. ¿Quiénes seríamos? ¿Que haríamos? ¿A quiénes desearíamos o amaríamos? ¿Como sería su risa? ¿Su voz y sus inflexiones?, sobre todo éstas, que en las mujeres definen tantas peculiaridades Y de la ausencia de respuestas, surgieron las suposiciones que nuestras apariencias y actitudes sugerían.

Por mi parte, la primera vida que le adjudiqué, entre los huevos con jamón y el café, y por haberla visto siempre vestida de negro, fue la de aquella en la que se debatía sola contra el mundo a causa de una orfandad paterna; otros desayunos después, le cambié ésta por la de una viudez temprana y al cabo de unos días, eliminé estas dos vidas de tajo. La primera, porque tras lo que interpretaba como anquilosamiento y cortedad, vislumbré un halo momentáneo de alegría que no cuadraba bien con la orfandad paterna y la segunda, porque era demasiado joven. Días después, como el café del Rendez-Vous era muy estimulante, sustituí las vidas eliminadas por la de la hennana e hija que se sacrificaba para mantener a sus hennanos y a sus padres. Esta original presunción, la urdí con extrema agudeza, porque no mostraba ni la ropa ni los andares de las niñas ricas, y sí el paso sostenido que la rutina marca con un sello inconfundible al dependiente de tienda u oficinista de tercera que siempre llega a la misma hora a su trabajo.

Supuse con cierta o mucha sobrestima para mi persona, que en reciprocidad, ella me había también adaptado vidas que surgían de su imaginación, alentada por la alegría, entusiasmo, placidez o marasmo que encontraba en mi mirada. Una de ellas, imaginé, era la de un agente vendedor de insumos agrícolas que recorría los poblados y rancherías de la región por caminos secos y polvorientos, de los que me protegía con la chamarra de mezclilla con la que me veía todas las mafianas. También podía ser un escultor, un profesor de canto o un literato que había abandonado la jurisprudencia. Después de todo, si yo había acoplado a sus andares y a sus ropas un destino, ¿por qué no habría de hacerlo ella también de mi chamarra y de la diaria lectura del periódico?, en el que debía buscar en las mañanas las ofertas de compra-venta de enseres que compraba en la ciudad y que vendía en los ejidos, o las ofertas de trabajo para profesores de canto, escultores o guionistas de radio.

Algunas mañanas no nos vimos, porque mis recorridos por los valles me obligaron a pernoctar en Matehuala, Santa Rosa, Gogorrón, o San Felipe, según la extensión o lejanía del valle visitado, o del estado de los caminos que alargaban por dos o tres días mis reconocimientos preliminares de geología y la lectura de niveles de agua en pozos y norias. En esos días, sin proponérmelo pensé en ella en algunas ocasiones. Un día en particular, cerca de Gogorrón, vi pasar una mujer vestida de negro cargando un bulto muy pesado; lo recuerdo bien porque al pasar cerca del coche, ella volteó a verme y yo a ella. Caminaba trabajosamente a mitad del arroyo y yo comía una torta dentro del coche. La analogía de esta escena con las de los desayunos y los destinos pesados de sobrellevar que yo le había concebido, fue la que me hizo que ese día la recordara inesperadamente. En contraste, en otros días me dio por ver sus ojos con toda nitidez en el espejo del agua de las norias. Y a sentir nuestros destinos inventados muy cercanos, o bien muy lejanos cuando medía el agua de los pozos profundos.

Cuando nos volvíamos a ver, yo suponía que ella confirmaba con mis ausencias mis actividades mercantiles de ranchería en ranchería o de escuela en escuela. Con la

misma feraz imaginación, yo adicionaba a la vida que le había endosado entre desayuno y desayuno, otros matices. Ora le agregaba el carácter fuerte que empecé a esbozar de su mirada, pero atada a sumisiones de leyes de moral conservadora a ultranza, que la obligaban a vestir de negro y recogerse el cabello, tal como correspondía a la provinciana que conocimos de los poetas de principios de siglo. Ora el de provinciana a semiultranza, por el día que cruzó la calle y me miró tan fijamente que creí que habían quitado el vidrio y hasta pena sentí por haberme visto tan tibio y tan corto, culpabilidad que borré a la mañana siguiente, cuando dispuesto a todo, ella volvió a pasar por la acera de enfrente con una mirada apenas furtiva y tan recatada que la volví a encuadrar en la provinciana a ultranza. Pero todo esto cambió después de una fugaz ausencia de dos días. Sin que mediara ningún signo de metamorfosis, cambió sorpresivamente una mañana las faldas negras amponas y los zapatos bajos por las faldas entalladas y los zapatos altos. Cuando esto ocurrió, me di cuenta que estaba buenísima, que era mas alta que yo, y que si se soltaba el cabello que se apilaba como monja se vería supersensual. Fue entonces cuando cambié los "anzas" por d "ísima" y mi mirar de intenciones irrelevantes por otro de intenciones definidas.

Por esos días ya había yo contratado a Alfonso y a Willy, los pasantes de Geología que me ayudarían en los trabajos de campo. Con frecuencia desayunaban conmigo en la cafetería del hotel para marcarles las instrucciones del día y distribuirles las zonas de estudio aprovechando el conocimiento geográfico que ellos tenían de la región. En uno de esos desayunos, ella cruzó la calle como ocasionalmente lo hacía y su mirar sobrio de detuvo en mi mirar de nuevas intenciones. Alfonso se dio cuenta de nuestro diálogo silencioso y me dijo a bocajarro que si quería conocerla su hermano podría pres mtármela. En parte porque no lo esperaba y en parte porque ya la conocía como protagonista de varias vidas, acepté sin mucho entusiasmo y "para cuando hubiera chance". También por esos días renté la "residencia" en la Colonia del Valle y al cambiarme para allá la dejé de ver por algún tiempo.

Inicié formalmente los trabajos con la localización de los pozos de los Valles de San Luis, Villa de Arista y Villa de Reyes casi en forma simultánea. En los dos primeros avanzábamos mucho mas rápido que en el de Villa de Reyes, porque en éste los caminos se volvían intransitables cuando llovía, y porque con anterioridad a nuestro estudio, ya se habían levantado dos censos de pozos y norias, lo que como es costumbre en estos estudios dificultaron mucho nuestra tarea. A las pocas semanas de este inicio, llegaron a San Luis Sergio y Octavio, con lo que formé dos brigadas adicionales que produjeron un mayor avance en los trabajos de campo, así como en la recepción, control y ordenamiento de la información que se generaba diariamente en planos y mosaicos de fotografías aéreas. El trabajo me absorbió y no volví a verla, hasta por los días en que llegaron los hermanos Chalío y David, ambos topógrafos, para nivelar los brocales de los pozos seleccionados para medir en ellos los niveles del agua subterránea y correlacionarlos con sus elevaciones. Con la llegada de los topógrafos la "residencia" se vio rebasada en cupo y el desayuno se convirtió en un

verdadero caos por las penurias de Paula, la cocinera estrella de la "residencia" para atendemos a todos, por lo que opté por ir a desayunar otra vez a la cafetería del Hotel Panorama después de despachar a las brigadas de campo.

Tal como podía esperarse, después de varios meses cuando nos volvimos a ver, fue fácil de percibir en este nuevo encuentro que las vidas idealizadas se habían difuminado por la ausencia de las diarias suposiciones que meses atrás las mantuvieron nítidas y bien acopladas a las inferencias paridas del silencio. Yo ya no llevaba la chamarra de mezclilla, ni leía el periódico; ella seguía vistiendo de negro, pero intuí un paso lento y desgarrado en relación con el andar rápido y decidido de hacía apenas unos cuantos meses atrás, tan lento, que pensé que le daba igual llegar o no adonde iba. Tal vez me lo imaginaba, pues yo también tenía otro ritmo: no leía con avidez los anuncios de renta de casas y desayunaba mas despacio y relajado porque me sobraba tiempo en las mañanas. Ha de haber sido por el contumaz entumecimiento de los dos que en las nuevas mañanas, abrevié las nuevas suposiciones existenciales con un voquible pegajoso que utilizaban mucho Poncho y Willy. Chance ya no mantenga a su hermanos, me oí decir, o chance y sí, pero ahora trabaja en un lugar donde puede llegar más tarde y donde le pagan más. O chance se casó o chance y no. Pero lo que no quedó en "a ver", fue que ahora éramos más lentos hasta en posar la mirada en nuestras interrogantes aletargadas.

Más pronto de lo esperado corrieron varios meses durante los que se censaron miles de pozos y norias, se nivelaron pozos, se midieron niveles y se aforaron caudales en varias centenas de captaciones, se hicieron mapas geológicos y del movimiento del agua en el subsuelo entre otras actividades. A la par de estos trabajos, los que nos alojábamos en la residencia vivimos muchas aventuras en el campo y en la ciudad, conocimos todos los bares, antros, tugurios y otros lugares que no entran en ninguna clasificación conocida; yo en lo particular por ser fuereño conocí a mucha gente, y a ella, la tarde en que me presento el hermano de poncho frente a una librería de la Av. Reforma.

-Ya nos conocemos. Le dijimos a una voz al hermano de Poncho a la vez que nos estrechábamos las manos y las miradas intentaban separarse inútilmente sin tener por primera vez el vidrio de por medio. Aún con esta observación, el hermano de Poncho comentó que ella era Jefa de Piso de un almacén y que yo era un ingeniero de una empresa de México. Como la información de Pepe, que así se llamaba el hermano de Poncho, tuvo poca trascendencia en el "ser", ambos preferimos acogemos a alguno de los modelos que habíamos fabricado, porque dentro de su simplicidad eran vidas más completas que ser Jefa de Piso de un almacén o un pinche ingeniero y que nos llamáramos como nos llamáramos. Esa tarde no se dijo más y entonces sí no nos volvimos a ver hasta el tiempo en que estaban por terminarse los trabajos en los tres valles.

Esto ocurrió una tarde brumosa en la que nos topamos de boca en un recodo de la Plaza Principal frente al "Louisiana", y por lo inesperado, pues por segunda oca-

sión no estaba el gran vidrio entre nosotros, nos saludamos y nos quedamos por unos instantes frente a frente sin saber qué hacer tal como sucede en estos casos. Cuando reaccionamos nos dijimos las mismas cosas que se dicen en estos encuentros casuales y yo la invité a tomar un café o una copa o lo que ella quisiera. Cuando me contestó que tenía que llegar pronto a ver a sus hermanos, le inquirí, más por reflejo mental que por otra cosa, que entonces cuándo, ¿que si mañana?; -chance, me contestó. Y se fue sin hacer otros comentarios.

De esa relación silenciosa quedaron un recuerdo y una excusa contra el letargo de la creencia en la eterna juventud: una poesía que le hice en el "Louisiana" que por supuesto llamé "Provinciana", y que el muy lento fluir del agua del subsuelo de San Luis al de Villa de Reyes, era la causa, el agua mansa, que nunca nos echó a rodar a las riberas del encuentro.